





# **Secretos de ayer Mentiras de hoy**

Primera parte

Montevideo  
Buenos Aires  
Madrid



# **Secretos de ayer Mentiras de hoy**

Primera parte

**Charli Farinha Toni**

Montevideo  
Buenos Aires  
Madrid

[www.elbolsotricolor.com](http://www.elbolsotricolor.com)

Portada: Aitzane Amaro

ISBN: 9781701876194

Sello: Independently published

Registro Territorial de la Propiedad Intelectual  
Comunidad de Madrid, España.

Todos los derechos reservados.

La piratería será perseguida de acuerdo a la legislación vigente. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, (informático, transformación, plagio, distribución, fotocopia o comunicación de cualquier forma, ya sea por métodos electrónicos, mecánico o por registro) sin el permiso previo y por escrito de Charli Farinha Toni.

*A mis padres: Adelfia y Carlos*



# Prólogo

La historia nace en Montevideo en la década del 80, la cual coincide con la transición a la Democracia. Ahí sitúo a una pareja, Camila y Manuel, donde uno de ellos no está concienciado de su otro “trabajo”.

Luego planteo la continuación de las secuelas de lo que pasó en Montevideo, aunque en Buenos Aires. Allá, a mediados de los 90, donde un peso valía lo mismo que un dólar, están los niños tratando de sobrevivir.

Al inicio del presente siglo vuelvo a Montevideo y retomo los personajes iniciales. Los coprotagonistas hicieron borrón y cuenta. Sin embargo, la verdad puede estar más cerca de lo que pudieron imaginar.

La mezcla de miedo e inseguridad que se generó en la zona del Río de la Plata da lugar al inicio de la última ola inmigratoria y que uno de los principales destinos ha sido España.

En Madrid las personas se encuentran, sin saber quiénes son en realidad y todo lo que ello puede provocar. Manuel y Camila ven que el secreto los lleva a continuar mintiendo, llegando a un punto de no retorno.

Ellos, que eran las grandes víctimas, ahora se ocupan de destruir a su gente, llegando a consecuencias letales para cada una de las partes.

**Secretos...** invita a hablar cuanto antes para que se eviten todo tipo de pérdidas. En esta historia exploto al máximo un secreto y el mismo se convierte en enemigo y por el que se pierde todo: la familia, la historia de cada uno, incluso la vida.



**Esta es una obra de ficción íntegramente producto de  
mí imaginación.**

**Los lugares, nombres, hechos, marcas e historias son el  
resultado de mi inventiva y existen en mi mente  
y en este libro.**

**Todo parecido con la realidad es pura coincidencia.**



# **Capítulo uno**

**1982 – 1995**

**Montevideo**

Se vive un sueño  
y se cae el castillo de cristal

**Presentación**



La primavera quiere hacerse su lugar, pero el invierno resiste a irse. Algunos nubarrones amenazan la capital y una fría brisa disminuye la sensación térmica. Son muchos los ciudadanos que caminan deprisa sin siquiera voltear la vista hacia los lados, como si con ello fuesen a ser un montevideano más.

La zona del barrio Punta Carretas, de la nueva clase media de Montevideo, se impone hacia el Río de la Plata que tiene a sus pies.

En los sillones del salón del piso de la planta siete que se emplaza en la esquina de las calles 21 de Septiembre y Rambla Gandhi están charlando Manuel y Camila.

Él es castaño claro de veinte y pocos años de edad. Es delgado, ojos oscuros y apuesto. Ella es castaña clara, atractiva, de ojos claros y no falta casi para dé a luz.

—Sí, —afirma ella—. Lo sé. A veces pienso que a ti sí te interesa seguir con esa vida... Ya no es necesario que estés con ellos.

Si ya tenemos todo: piso, coche. En fin... Sólo queda abrirte y empezar una vida nueva aquí o donde sea. No hay porqué darle más vuelta al asunto, ¿no?

—Me parece que hay algo que tú no estás asimilando. ¿Te piensas que de aquí se entra y se sale cuando uno quiera? ¡Pues no! ¡No!

¡Estamos hasta las pelotas y nadie juega con esta gente! ¡¿O no lo entiendes?! Es verdad. Pasta no nos falta, pero sólo podemos seguir o seguir con ellos si es que queremos respirar en este mundo.

—¡Me parece que en vez de un hombre me casé con un niño!

Le busca la mirada de forma desafiante.

—¡Sí! ¡Eso es lo que eres! ¡Un niño! Un cagón.

Están a punto de nacer los mellizos y no metes lo que hay que meter. ¿Ese es el ejemplo que les darás a ellos? Por varios segundos ninguno dice nada.

—Con las publicidades bien la podríamos llevar, —sigue ella—. Mira que ahora se nos abrió el mercado porteño. Lo más grande ya lo tenemos...

Incluso tenemos dinero en más de un banco. ¿Cuál es el problema para hacer borrón y cuenta nueva, y empezar otro tipo de vida?

—Hay cosas de las que no te enteras. ¿O no te quieres enterar? ¿Cuál es la forma con la que te debo decir que uno no puede salir de esta aunque lo quiera?

¿No sé si soy lo suficientemente claro cuando hablo? Si quieres seguir en este mundo, entonces, ve callándote esa linda boquita porque ya me tienes los huevos bastante llenos. ¿Te queda claro, amor?

Se quedan mirando a los ojos en silencio en un tiempo que parece interminable.

—Hoy llamaron por teléfono para ti, —indica ella.

—¿Quién?

—No sé. Dijeron que volverían a llamar.

—¿Era hombre o mujer?

—Hombre. Nunca antes había escuchado esa voz.

Manuel queda pensando en quién pudo haber llamado.

—Debo salir.

Al decir esto se pone de pie.

—¿Dónde vas, Manuel?

—Tengo que hacer algo. Después te veo.

—No te olvides que quiero a mi marido con vida.

No en un cajón.

Al oírla, se para, mientras ella le observa. Luego continúa y Camila hace un gesto de fastidio.

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.



La última hora del día presenta a una masa humana que parece enfurecida que camina por las calles como si lo hiciesen por obligación.

Los ejecutivos se mezclan con otros trabajadores y, la zona del barrio de Punta Carretas da la impresión que tiene más movimiento que nunca.

En el ascensor de una torre en la esquina de Joaquín Núñez y Rambla Mahatma Gandhi, Manuel, junto a otro hombre —que tiene aspecto de ejecutivo, de unos cuarenta años— intercambian maletines.

También evitan mirarse a los ojos ya que el ascensor tiene cámaras de seguridad. Ambos son suficientemente discretos y rápidos en su acción para pasar inadvertidos.

El ascensor abre su puerta en la planta baja —donde hay locales comerciales— y Manuel sale como lanzado. El otro hombre sigue su camino hacia los sótanos.

Manuel camina deprisa hasta que llega a los baños. Al ingresar ahí descubre a dos hombres que se están besando apasionadamente.

Manuel les contempla un instante, hasta que ellos le ven. Manuel se acerca un poco y, al estar a unos ochenta centímetros de distancia, les entrega un paquete.

Uno de ellos lo guarda enseguida en el interior de sus calzoncillos mientras que el otro le sonríe en el momento en el que lleva la mano a su bragueta.

Manuel se aleja, el otro hombre sonríe y el primero le alcanza un sobre. Manuel lo agarra y lo abre si sacar nada del mismo. Sólo le da una mirada, lo guarda en el interior de uno de los bolsillos de su cazadora y se retira.

—Gracias por todo, papá, —escucha Manuel.

Manuel se detiene y, lentamente, da la vuelta para verle.

—¿Quieres acompañarnos a nuestro piso?

Manuel busca la mirada del chico y el mismo se la corresponde, se observan hasta que da la vuelta y sigue su camino.



Al día siguiente la jornada es bastante parecida a la anterior y la zona de la rambla continúa presentando gran actividad.

El viento sopla con fuerza y son varios los caminantes que, a pesar de todo, no dejan de observar embelesados hacia las aguas del río más ancho del mundo.

Manuel está en la oficina de una torre ubicada en la esquina de Jaime Zudáñez y José Ellauri, junto a un hombre, Caruzzo.

Ese hombre es bastante mayor, viste traje y corbata y tiene la mirada tan fría que todo lo que hace parece que estuviese programado.

—Entonces, —dice con calma—. Entonces, los pibes están por nacer. ¡Qué maravilla de la naturaleza! Dime, Manuel, ¿les falta alguna cosa? ¿Va todo bien?

Manuel asiente lento.

—Está todo bien. Sí, está todo bien. Sólo quiero pedir unos días libres para estar al lado de mi mujer. Nada más.

Caruzzo parece meditar cada palabra que escucha y reflexiona sobre el panorama en medio del silencio.

—Eso no es problema, Manuel. Eso no es ningún problema.

Caruzzo vuelve a clavar la mirada en Manuel.

—Es bueno aumentar la familia. ¡Hay que cuidar la familia! Tómame los días que necesites porque no habrá problemas.

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

—Gracias.

—¡Ah! Antes de que empiecen tus “vacaciones” debes hacer un último trabajito. Los hombres se buscan la mirada.

—Es sólo una entrega.

Manuel contiene el aliento.

—Será en una fiesta privada donde mi secretaria te va a entregar la invitación. Ahí tienes que entregarle un paquete al hijo del presidente de la compañía yanqui que está por la avenida Italia.

—Vale.

—Sí, al menor de ellos. Y dile que si no quiere tener problemas con nosotros que nos mantenga las cuentas al día. Dile que las cuentas claras siempre conservan la amistad.

Al decir esto, sonrío, sin apartar la vista de Manuel.

—En esa fiesta trata de pasar desapercibido y, a su vez, trata de cambiar de estilo. Ya sabes a lo que me refiero, ¿no?

Más ejecutivo, más formal. No tan *sport* como siempre estás... ¿Te queda claro lo que tienes que hacer entonces, Manuel?

—Sí, señor. Está claro.

Caruzzo le mira y sonrío de forma burlona.

—¡Buen chico! ¡Eres un buen chico, Manuel! Estás aprendiendo bien. Todo a su tiempo. Todo a su tiempo como debe de ser. ¿Necesitas alguna otra cosa?

Manuel niega con la cabeza.

—No. Gracias señor Caruzzo.

—Vale. Ya puedes irte.

Caruzzo le da la espalda y Manuel emprende la retirada. Cuando escucha el ruido de la puerta, se da la vuelta

para mirar la misma y la queda contemplando.



La jornada sigue presentándose sin sobresaltos, incluso ahora las pocas nubes abandonan el cielo capitalino y el viento cesa casi por completo.

Recostada en el sofá grande del salón de su piso, Camila habla por teléfono de forma bastante relajada mientras pasea la vista por los lados.

—Sí, mami. Lo sé. Pero este no es el momento más adecuado para que me digas eso, ¿no? Tú quédate tranquila porque ya he puesto manos a la obra en eso.

—Camila. No te dejes estar ni un minuto, nena. Ahora hay muchas cosas en juego... No quisiera que les pase nada a mis nietos, por favor.

—¡Ni se te ocurra pensar en eso porque no va a pasar nada! ¡A mis hijos les voy a defender con uñas y dientes!

—Y nena, ¿quieres que vaya unos días a tu casa a acompañarte?

—No, mami. No es necesario. Estoy embarazada, no enferma.

—¿De verdad estás bien? ¿Estás con fuerzas como para seguir con todo? Ya sabes que a mí no me costaría estar contigo hasta que nazcan mis nietos.

—Mamá, si preciso algo no dudes que a quien primero voy a recurrir es a ti.

—Bien, nena. Bien. Entonces, te voy a creer. Cuidate y trata de no salir mucho estos últimos días que te queda de embarazo.

—Ay, mamá.

—Mira que eres primeriza y se corren muchos riesgos al andar por ahí sola cuando se está a punto de

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

dar a luz. Ya lo sabías, ¿no?

—No te preocupes, mamá. Estoy bien.

—Vale, por ahora te dejo pero tenme al día por todo que yo estaré al lado del teléfono.



La noche se presenta tranquila y esa templanza también se refleja en los noctámbulos que salen a hacer su ruta por el centro y los alrededores.

Ahora no hay casi gente por la zona de Punta Carretas y las nuevas construcciones quedan bien iluminadas con unos focos que son tan básicos como impersonales.

Manuel está desnudo en el baño de su inmueble bajo el agua de la ducha disfrutando de la misma. Mientras tanto, se dice internamente.

*¿Papá? Sí, papá, eso es lo que voy a ser dentro de poco.*

*Deberé tomarme la vida más en serio. Ahora entiendo los consejos que me daba papá acerca de la vida. Es un desafío y lo voy a superar. ¡Voy a ser el mejor padre del mundo!*

Luego que se asea, cierra el grifo, abre la mampara y agarra una toalla, la cual se envuelve en la cintura mientras se dirige al dormitorio.

Al llegar allí descubre a Camila recostada en la cama mientras se dobla de dolor. Él queda impresionado, por un instante en blanco y no sabe qué paso dar.

—¿Qué es lo primero que tengo que hacer?, — finalmente pregunta.

—Nada.

—¿Nada?

—Acabo de llamar una ambulancia. Ya debe de estar por llegar. Vístete rápido así me acompañas.

Él entra desesperarse y trata de vestirse cuanto antes, mientras se pone a revolver todo el ropero y deja gran desorden. Cuando Camila se da cuenta, le mira y sonrío.

—¡No quiero ni imaginarme si los hombres se quedaran embarazados!

Manuel, que nada puede entender, se la queda mirando y ella comienza a reírse.

—Manu, soy yo. Ya te dije miles de veces cómo sería este momento, ¿no?

Tarda unos instantes en asimilar lo que dice su mujer.

—Es que... Es que estoy un poco nervioso. No sé... Me quedé bloqueado.

—Pues ahora te necesito con todas las luces. O sea, ve desbloqueándote.



El tiempo hoy se presenta amenazante y el horizonte se encuentra invadido por oscuros nubarrones que, poco a poco, van ganando espacio.

Son muchos los transeúntes que han reparado en ello y, como si ya leyese cada mensaje que envía el cielo, caminan rápido, ajenos a todo lo que hay alrededor.

Caruzzo, con su característica mirada de hielo, está en su oficina junto a otro hombre, un poco más joven que él, mientras abre un maletín que está lleno de dólares.

El otro hombre trata de mirar, pero no puede ver en toda su plenitud el interior del maletín desde el ángulo en el cual se encuentra.

—Ocupate de Manuel, —dice Carruzzo.

Caruzzo frunce el ceño, dubitativo.

—Si necesita algo él o su mujer, —agrega—, dales todo lo que precisen. De todas maneras... no dejes de mantenerle vigilado.

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

—Vale.

—Hoy lo noté extraño de nuevo y no quiero llevarme sorpresitas de ningún tipo.

A continuación, mira indiscretamente al otro hombre el cual, al principio, le corresponde la mirada, pero luego la baja donde el rubor de sus mejillas es evidente.

—¡En este negocio mando yo!, —explota Caruzzo—. ¡Que eso te quede claro! Si yo caigo te aseguro que todos ustedes van a caer. ¡Todos!

Empieza a reírse sarcásticamente y al otro tipo se le eriza hasta el alma.

—Eso todo lo sabemos, señor Caruzzo. Nadie tiene dudas respecto a quién es el jefe, —al fin comenta.

—Es bueno recordarlo. Es bueno recordarlo siempre. ¿Tienen todo preparado para el golpe? El hombre asiente.

—Sí. Ya está todo listo.

—¡Bien! Es bueno también mantener el trabajo controlado.

—De eso no cabe duda, señor. Nosotros somos un buen equipo.

Caruzzo, al escucharle, le busca la vista y el otro no se la rechaza. Se observan por varios segundos, los cuales se hacen interminables.



Dos días después Montevideo, poco a poco, se va vistiendo de primavera y una agradable brisa acompaña a los transeúntes que, como siempre, van de prisa.

El cielo hoy es más azul que nunca y las aguas del Río de la Plata están tan calmadas que da la impresión que estuviese congelada.

A pocos metros de la vivienda que comparte el

matrimonio de Camila y Manuel, en la clínica Horizonte, que se localiza en la avenida Francisco Soca y la avenida Brasil, los bebés duermen en incubadoras.

Manuel, a un lado, físicamente vencido por la emoción, los observa encantado mientras sus ojos se le humedecen más y más.



Poco a poco las jornadas siguen pasando sin que se den casi cuenta y, a la nueva rutina el matrimonio se debe acostumbrar.

Desde que nacieron los bebés varias cosas han cambiado más deprisa de lo que quisieran, y deben adecuarse al ritmo de los nuevos integrantes de la familia.

Camila, que ha tenido alguna complicación, sigue en la cama de la clínica Horizonte, mientras sostiene a uno de los bebés en brazos y lo observa con devoción.

El otro bebé es sostenido en brazos por Manuel, el cual está de pie, al lado de Camila. Ambas criaturas son muy pequeñas y están durmiendo.

—Son... tan... frágiles, —expone Manuel en un susurro—. ¡Dios! No lo puedo creer. Son maravillosos. ¡Y son nuestros! ¡Qué mezcla de emociones siento!

—Sí, son unos angelitos. ¡Son nuestros! ¡Son nuestros angelitos! ¡Son una bendición! Sí. Eso es lo que son: una gran bendición.

Quedan un momento más contemplándoles.

—¿Quedamos con los nombres que habíamos pensado, no?, —pregunta ella.

Manuel la mira, sonrío y asiente.

—Entonces yo tengo conmigo a Celina.

Manuel vuelve a mirar a Camila.

—Y yo tengo conmigo al hombrecito. Yo tengo a

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

Christian.

La pareja se mira y sonrío.

—¡Gracias! Gracias por estos angelitos tan maravillosos que me has regalado. Gracias, Manu.

—Ay, Cami...

—Son nuestros y nada ni nadie nos los podrá quitar nunca, —agrega ella.

Hay un periodo de silencio en el que intercambian miradas entre los bebés y ellos mismos.

—Ahora sí que podremos empezar una vida nueva. Ahora, con ellos, empezaremos una nueva etapa. Todo va a ser mejor, —comenta Camila.

Mira a su marido y él le esquivo la vista.

—Me escuchaste, ¿no? Con ellos vamos a empezar de cero cueste lo que cueste.

—De eso ya estuvimos hablando. No es la hora para discutirlo.

—Ahora tenemos mayores motivos para rehacer nuestras vidas.

—Vamos a disfrutar de este momento estupendo que tenemos. No es el día ni el lugar adecuado para hablar de problemas, del trabajo... ni nada de eso.

—Pero sí podemos hablar del presente y del futuro. Y tanto en el presente como en el futuro están nuestros hijos.

Manuel ignora lo que dice y ella no le quita la vista.



El tiempo sigue huyendo de prisa y los mellizos ya pueden dormir plácidamente en el piso de sus padres en Punta Carretas, en sus respectivas cunas.

Sus progenitores los observan de pie, enamorados. Manuel está detrás de Camila, la abraza desde atrás y

ella, a su vez, le agarra las manos.

—Qué extraña es la sensación de ser padres, ¿no?

—Sí. Yo no puedo creer que ellos hayan salido del interior de mi vientre. Lo que es la naturaleza, ¿no? Y lo que más disfruto es cuando les doy de mamar. Al ritmo que comen me van a dejar en los huesos.

—Es sorprendente todo esto, sí. ¡Cuántas cosas tiene la vida! Es de locos este mundo. Voy a tratar de disfrutarles minuto a minuto, segundo a segundo porque el tiempo pasa rápido.

—El tiempo pasa muy rápido. Y no voy a permitir que sean hombre y mujer sin haberme enterado de cómo sucedió eso realmente.

No voy a cometer el mismo error que cometieron mis padres conmigo. No. Eso no va a pasar. Voy a estar siempre al lado de mis hijos.

Por un instante quedan sumergidos en sus pensamientos donde una mezcla de recuerdos y emociones les vienen a visitar.

—Ahora entiendo a mamá, a papá. Cuando se es padre se tiene otra perspectiva de la vida.

—Vamos a ser los mejores padres del mundo. Nuestros hijos se sentirán orgullosos de que seamos sus papás. ¡Qué raro que tu madre no haya venido!

—¡Cómo que no! Cuando saliste hoy a la tarde estuvo aquí, pero no se quedó por mucho rato porque quería ir al sepelio de una amiga.

—¡Ah! No sabía. ¿Y qué te dijo de los nombres que les pusimos?

—Que soy la única que rompió la cadena familiar de nombres. Pero, es algo que no la agarró por sorpresa. De todas maneras, me dijo que le gustan, que fuimos

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

modernos en la elección de los nombres.

—Celina. Christian. Celi. Chris. Incluso quedan bien las abreviaturas.

—Sí. La verdad que sí.

Ambos sonríen hasta que ella vuelve a buscar la atención de él.

—Hoy volvió a llamar el tipo que te conté el otro día...

Manuel queda reflexionando un segundo.

—¿Y, esta vez, tampoco te dijo qué quería?

—No. Dijo que volvería a llamar. ¿En qué estás metido, Manu?

La mira y ella le corresponde.

—Hay algo que no me huele bien. Quiera Dios que esté equivocada, pero... Pero sé que no. Esto no me huele bien.

Manuel queda cabizbajo y ella no le quita los ojos.



Una de las primeras noches donde la familia ya se encuentra por completo en el piso de las calles 21 de Septiembre y Rambla Gandhi, empiezan a suceder cosas. Camila, en la cocina, absorta en sus tareas, con una cuchara de madera revuelve una cazuela con dedicación mientras, de vez en cuando, frunce el ceño.

En ese instante ingresa Manuel, el cual no dice nada, aunque es evidente que está nervioso. Camila, sin abandonar su labor, le mira.

—¿Qué es lo que te pasa, Manu?

Él la ignora.

—Manu, ¿qué te pasa? ¡¿En qué estás metido?!  
—insiste luego del silencio que se instala entre ellos.

Manuel se inmoviliza ante ella.

—Estuve hablando con Caruzzo y me reiteró que sólo soy uno más de sus empleados. Ni más ni menos.

—¿Y eso?

—Que por ser modelo no tengo privilegios de ningún tipo ni nada que se le parezca. Que ahí nadie tiene más derecho que otros. Nadie...

—Joder.

—Que el jefe es él y nadie ni siquiera se atreve a hacerle sombra. Que piense muy bien la decisión que he tomado si es que no me quiero arrepentir. Que...

Ella contiene el aliento.

—Que aún no es tarde para reflexionar respecto a lo que dije. Ahora... Ahora está esperando una respuesta final de mi parte.

Llega la calma pero ella queda tan o más nerviosa que él. Mientras, Manuel no se decide a suspender la mirada en ningún lugar específico.

—No sé qué hacer. Realmente no sé qué hacer. Yo sabía que esto iba a pasar. Lo sabía...

—Y entonces, ¿vas a continuar con esa gente? ¿O qué?

—¡No tengo la más puta idea qué es lo que voy a hacer! Estoy preocupado. Esta gente es capaz de hacer cualquier cosa y eso lo tenemos más que claro. Antecedentes sobran y eso es lo que temo ahora.

El silencio se vuelve a instalar entre ellos y ninguno de los dos sabe qué hacer para calmarse.

—Tengo miedo. Mucho miedo.

Camila le mira.

—Tengo miedo... Sobre todo por los bebés.

Ella le vuelve a mirar.

—No sé qué hacer. ¡Me cago en la masa! ¡Este

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

Caruzzo es lo más hijo de puta que puede haber en el negocio... y en el mundo!

—Oh, no.

—Este viejo no sabe perdonar, —dice entre dientes—, ni, mucho menos, olvidar. Es... Es un gran hijo de puta... y yo estoy metido en la boca del lobo.

—No creo que se meta con... con...

—Emmm...

—¡No!

—Cami...

—Me llega a tocar a alguno de mis hijos y soy yo misma quién en persona le va a matar, ¡y con mis propias manos!

—Cami...

—No me importa que me pudra entre rejas, pero a mis hijos que ni se le ocurra tocarles porque me va a conocer. ¡Me va a conocer bien ese tal Caruzzo, hijo de mil putas!

De eso puedes estar seguro, Manuel. Sí. ¡De eso puedes estar totalmente seguro que, si me llega a tocar a alguno de mis hijos, soy yo misma que en persona se va a encargar de matar a ese viejo de mierda!

Él suspira.

—Ahora debemos esperar. Tengo que darle una respuesta y quiero pensar un rato.

Él emprende la retirada.

—¿Dónde vas?

—No tardo. Ya vengo.

—Tengo la comida casi pronta.

—Regreso enseguida.

Suena el teléfono que está en una mesita de centro en el salón y Manuel se apresura al mismo.

—Hola, —dice tratando de mantener la calma.

—Te espero en una hora en el bar de la Rambla Naciones Unidas y Bulevar España.

De pronto, él queda pálido. Camila le mira desde la puerta. Corta la comunicación y ella se le acerca, pero su marido la ignora.

—¿Qué pasa? ¿Quién era?

Él se sienta en el sofá grande del salón, con las manos cruzadas. Camila se ubica a su lado y no deja de mirarle. Pasados unos minutos, él, sin mirarla, resopla lento.

—Dentro de un rato sabré cómo se han tomado la decisión de... De... No me da buena espina esto.

—¿Por qué? ¿Quién era?

—Me acaba de llamar el soplapollas de Caruzzo. Quiere que nos veamos...

—Oh, mierda.

—Todos sabemos que es peligroso salir de noche, ¿no? Aun así quiere verme en el bar dentro de una hora.

—No vayas, Manu. Es una trampa. No vayas.

—Si no voy va a ser peor.

—Y si vas no regresarás con vida. Estoy segura.

—Sé defenderme. Debo ir. Quiero saber qué es lo que quieren.

—Manu, piensa en tus hijos. No vayas, por favor.

Se pone de pie.

—Por favor, cuídate, Manuel, —susurra.

—Tranquila. Saldrá todo bien.

—¿Me lo prometes?

Él abre la boca pero no dice nada.

—Quedaría más tranquila si me lo prometes.

—No es necesario. Saldrá todo bien.

—Me gustaría tanto creerte, Manu.

## Tres años después.

Otra primavera llega a la capital uruguaya y octubre, de a poco, se va imponiendo en la ciudad sin demasiados sobresaltos.

En las calles la gente está tan nerviosa como si, en cualquier instante, fuesen a estallar y las ansias que dominan a algunos no pasan desapercibidas.

A pesar de todo un aire lúgubre envuelve a todos y los domina, ya que, aunque no en apariencia, están tan saturados por el contexto que ya se cansaron de luchar.

Camila sigue viviendo en el mismo inmueble de las calles 21 de Septiembre y Rambla Gandhi y es poco y nada lo que ha cambiado esa zona del barrio Punta Carretas.

Ella se encuentra relajada, vistiendo una minifalda clara, un top y está descalza. Ahora está sentada en el sofá grande del salón marcando un número de teléfono.

Los mellizos están a su lado, jugando en medio de un montón de juguetes. Los chicos, de vez en cuando, exclaman felices con sus juegos.

Ambos son de pelo castaño claro y rizado, de ojos claros e idénticos, sólo que Celina tiene el pelo largo y Christian no. Los dos son muy apuestos.

—Hola, buenas tardes, —le dice una voz de mujer.

—Hola, —Camila suspira—, buenas tardes.

Emmm... Necesito contratar a una niñera. Una amiga me recomendó esta agencia y por eso les estoy llamando...

—Sí, señora, cuénteme cómo es su hijo, por favor.

—Ellos son dos, mellizos, y recién cumplieron tres añitos.

—Vale.

—Y necesito dejarles un par de horas al cuidado

de alguien. No sería a diario pero hay días en los que necesitaría que estén con ellos más de ocho horas.

—Y señora, ¿los cuidados serían en su domicilio o en nuestro jardín?

—Yo preferiría que fuese en mi casa. Sería más sencillo para mí.

—Eso no sería problema.

—Pero tampoco me gustaría que un día venga una chica y, a la semana siguiente, fuese otra distinta. Creo que no sería bueno para mis hijos.

—No se preocupe tampoco por eso, señora.

—Uf, ¡qué alivio escuchar esto!



La velocidad con la que viven los capitalinos no da tregua a nadie y, a pesar del momento político, hay una adrenalina particular en cada ciudadano.

Nuevos locales comerciales se imponen en las zonas más aventajadas y negocios que antes no estaban casi explotados, ahora están en auge.

Manuel es uno de los elegidos que se está beneficiando de esa particular prosperidad que se vive y, al seguir siendo joven y atractivo, además tiene experiencia.

De fondo se escucha, como un auténtico himno, la canción *Tira para arriba* de Miguel Mateos, que le da la energía adecuada que necesita el joven padre.

Ahora permanece en un estudio de fotografías ubicado en la esquina de las calles Bulevar Artigas y José María Montero.

Él está posando en ropa interior, mientras los *flashes* de luces le vienen de diferentes partes y va haciendo todo lo que le dice el fotógrafo.

Hay un asistente pendiente por si el modelo o el

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

fotógrafo necesitan algo, pero la sesión ocurre casi sin contratiempo.

Papá, —le parece escuchar una voz infantil y esto le sobresalta lo que no pasa indiferente para el fotógrafo que lo mira interrogante.

Camila está en el mismo estudio fotográfico haciendo lo mismo que su marido y ella también dispone de asistente personal por si necesita algo.

La joven madre viste lencería sugestiva y no lleva sujetador, sino que se tapa los pechos con las manos en medio de insinuaciones de todo tipo que debe hacer.

En su caso la acompaña la canción *Paint it, Black* de The Rolling Stones y ésta, lejos de producirle lo que necesita, la pone nerviosa como una premonición.

Más tarde, en una sala en la que hay solamente un espejo que ocupa toda una pared y unos asientos, Manuel se pone los pantalones.

Luego que lo hace, se mira el torso sin vestir y se acomoda los bolsillos, por lo que pone las manos en los mismos y descubre que en uno hay un papel.

**Están a punto de joderte la vida.**

Al leerlo queda mirando el papel desconfiando de todo lo que tiene a su alcance, que es poco. Mira a su alrededor y no encuentra nada fuera de lo común.

Vuelve a mirar el papel y lo pone, otra vez, en el mismo bolsillo, y se queda meditabundo con la vista clavada en el espejo.

Camila también ultima detalles de su vestimenta y, luego de ello, agarra su bolso y, tranquilamente, se dirige hacia el baño.

Una vez que está en el aseo se mira firmemente en el espejo. A continuación abre el bolso que dejó sobre la encimera del lavabo.

Al abrirlo descubre un sobre. Cautelosa, lo saca y lo mira. Echa un vistazo a sus aledaños, luego lo abre y extrae una hoja que hay en su interior.

**Dile a tu marido que reflexione si no se quiere  
arrepentir por el resto de su vida.**

La mujer, de inmediato cambia el semblante, como si hubiese sido desunida de su fuente de energía, y queda tan nerviosa que no da crédito de lo que acaba de leer.

Mira lentamente todo su alrededor como si lo hiciese a cámara lenta pero no divisa a nadie, ni nada fuera de lo común.

Queda observando el papel, sin nada entender, hasta que decide guardar la hoja en su bolso y mirarse en el espejo fugazmente.

Cierra un instante los ojos y recuerda que, cuando la estaban fotografiando, había una silueta masculina que la observaba.

Asiente brevemente y se da cuenta que fue por eso que se distrajo en más de un momento y el fotógrafo le tuvo que llamar la atención.

Sigue pensando y descubre que luego de ese detalle no

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

hubo nada que alterara el orden habitual de lo planificado.



El día sigue siendo claro pero el viento sopla con tanta ferocidad que da la impresión que quiere llevarse todo lo que encuentra en su camino.

Los peatones deben hacer verdadero equilibrio para poder lidiar contra su furia y los pelos revueltos y algunos nubarrones hacen acto de presencia.

Manuel conduce su vehículo a gran velocidad por la calle Bulevar Artigas mientras pasa, incluso, más de un semáforo en rojo. Se le ve muy tenso y agitado.

De vez en cuando pestañea y parece escuchar que las palabras que leyó en el estudio fotográfico se las estuviese diciendo Díaz, o sea, el asistente de Caruzzo.

*Están a punto de joderte la vida... Están a punto de joderte la vida...*

En la intersección con calle Bulevar España hay un coche negro que le empieza a seguir, aunque él no se da cuenta de eso.

El desconocido se comunica con alguien a través de una radio y Manuel sigue su rumbo, ajeno a lo que ocurre a pocos metros de él.



Manuel, con los nervios a flor de piel, ingresa en el portal de su piso pero, antes de continuar, se estanca para voltear la vista lentamente y mirar atrás.

No le hace caso al vendaval que lo azota como si le estuviese dando una paliza y, aparte de eso, todo parece estar en orden, o sea, sigue hasta el ascensor.

Al fin, cuando ya está en el interior de su vivienda, el

silencio le atrapa como una manta invisible, aunque todo parece estar normal.

Mira dubitativo a todas partes y comienza a recorrer la casa. Corroborra que no hay nadie más que él, por lo que regresa al salón y se sirve un vaso *whisky*.

Con éste, se dirige al sofá. Ingiere un poco y deja el vaso sobre la mesita de centro. No sabe si sentarse o no. Finalmente, los nervios lo dominan tanto que no lo hace. Levanta los ojos y mira íntegramente un cuadro en el que están los mellizos en la celebración de su primer cumpleaños.

Observa la imagen hasta que le sorprende el timbre del teléfono. Lo mira más de una vez y, antes de contestar, bebe otro trago de *whisky*.

—Hola, —contesta en un murmullo.

—Manu, ¡¿qué hiciste ahora?! ¡¿Qué mierda fue lo que hiciste?!, —pregunta Camila, desesperada.

Manuel queda dislocado ante lo que acaba de escuchar.

—¡Manu, ¿qué hiciste?! ¡¿Qué mierda es lo que pasa?!

—¿De qué estás hablando?

—Como que, ¿de qué estoy hablando? ¡No me tomes el pelo, gilipollas! Hoy encontré una advertencia en mi bolso.

Él queda paralizado, tratando de mantener la calma.

—No te entiendo... ¿De qué estás hablando? ¿Qué estás diciendo, Camila?

—Manuel, luego que terminó la sesión de fotos, al abrir el bolso, encontré un papel que me dice que si no reflexionas por la decisión que has tomado te vas a arrepentir por el resto de tu vida. ¿De qué se trata esto?

—No puede ser...

Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

—¿Qué es lo que está pasando, Manu? ¿Qué es, ¡por favor?!

—¿Dónde están los melli?

—Están con la niñera. Hoy iban un rato al jardín...  
¿Por qué?

—¿Estás segura?

—¿A qué te refieres? ¡¿Me puedes decir qué mierda es lo que está pasando?!

—No sé, Cami. La verdad es que no sé.  
Los nervios de él aumentan tanto como los de ella.

—Camila, ve a buscar a los melli ya mismo. No tardes. No tardes antes de que sea demasiado tarde...

—No me asustes, Manuel, porque también son mis hijos.

—¡Ya no pierdas tiempo! ¡Ve por los melli! ¡No pierdas más tiempo, Camila!

Manuel corta la llamada y queda mirando el vaso. Enseguida bebe un trago tras otro hasta que se termina la bebida. Suena de nuevo el teléfono y Manuel lo mira.

—Hola, —contesta.

—Lamentablemente no seguiste mis consejos,  
—le dice una voz masculina y manipulada—. El tiempo ha pasado, pero nada se ha olvidado. Nuestro lema es:  
No olvidar. No perdonar. Nunca. Jamás.

El hombre queda conmocionado al escuchar esto y tarda varios segundos en reaccionar.

—¿Qué quieres decir? ¿Quién eres?

—Aquí las preguntas las hago yo. ¿Te queda claro?

Manuel traga saliva con dificultad.

—Todo a su debido momento.

—¿Qué quieres? Dime qué quieres.

Se corta la llamada y Manuel queda con el teléfono en la mano sin saber qué hacer.



El viento no es tan fuerte como antes, pero sí lo suficientemente molesto y sigue siendo el protagonista de esa jornada que ya no es tan clara.

A los transeúntes no hace más que incordiar, aunque algunas personas tienen cosas más importantes de las que ocuparse y lo ignoran.

Así es el caso de Camila que se encuentra a la deriva, vencida por el presente e impotente mira hacia todos lados.

La desesperación de la que es prisionera no deja de llamar la atención y su semblante está tan oscurecido como si cargase una cruz a cuestas.

Ahora sale caminando del *kindergarten* de la avenida Brasil y calle 26 de Marzo y su proceder se asemeja al de alguien que ha perdido la cordura.

Su rostro es una mezcla de emociones y sentimientos muy grandes, y su lenguaje corporal acentúa lo que dice el mismo.

Se detiene y mira otra vez a todos lados; no sabe qué camino seguir, qué observar ni qué hacer. Finalmente,

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

decide avanzar por la misma avenida Brasil.

Todo lo que encuentra a su paso la hace desconfiar y, aunque no se da cuenta, por la acera de enfrente alguien la viene siguiendo.



Cuando Camila ingresa en su casa, descubre a Manuel sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la botella de *whisky* en la mano; la cruz que llevaba encima le daña más de lo que puede soportar.

Empero, la racionalidad la atrapa y respira hondo. Luego, clava la vista acusadora en su marido y relaja un poco su tensionado cuerpo que ya no resiste tanta presión.

Manuel, de vez en cuando, bebe directamente de la botella, como si ello fuese lo único que tuviese que hacer o como si no tuviera nada importante que realizar. Durante varios minutos nadie dice nada y Camila, vencida por el dolor, se recuesta en la pared y se deja caer como si se estuviese escurriendo.

—Esto no nos puede estar pasando, —susurra él. Camila parece no escucharle, tiene la mirada tan disoluta en algún punto de la pared que parece que ha perdido la cordura.

—¡Y tú con el *whisky* vas a arreglar las cosas! ¡Cuándo podrías estar buscando alguna solución sólo se te da por el trago! No... ¡Te vas al coño de tu madre! Así no vas a arreglar las cosas, gilipollas.

—¿Y qué mierda puedo hacer?! ¿Qué podemos hacer?

—¡Esto no puede ser real! ¡No puede ser! No.

—¡Son unos hijos de puta, empezando por ese maldito de Caruzzo hasta el soplapollas de Díaz que no vale ni dos pesos! Pero... Pero, ¿qué hacemos? Tenemos

todas las de perder.

—Yo no me voy a quedar con los brazos cruzados. ¡Yo voy a recuperar a mis hijos sea como sea y me voy a ir de este maldito y puto país, de una vez por todas, a como dé lugar, para siempre!

No me voy a resignar a perder mi vida, ni a mis hijos por unos narcos hijos de puta... No... Si pensaron eso se equivocaron conmigo. Y en grande...

—Y, ¿cómo los vas a encontrar? ¿Hay alguna forma? Tienes que darle lo que piden y así mismo nada ni nadie te garantiza que...

Suena el teléfono y lo miran. A su vez, se buscan la vista. Él se para, mientras deja la botella en el suelo, pero la patea sin querer, se rompe y se esparce el líquido.

La mirada de reprobación de Camila le fulmina. De igual modo, su marido no se da por enterado. Levanta el teléfono y Camila se ubica a su lado, muy cerca.

—Ya sé que están al tanto de la situación. Pues bien..., —dice la voz manipulada.

—¿Por qué no das la cara maldito hijo de puta?!

—Tranquilo, pibe. Tranquilito si no quieres que vuelque toda tu ira en tus hijitos.

El matrimonio sujeta el resuello.

—¿Te queda claro, niñato de mierda?!

Manuel respira hondo.

—¿Qué quieren?

—Es sencillo. Nunca debiste haber salido de aquí. Nunca. Si pensaste que te saldrías con la tuya estabas equivocado. ¿Soy lo suficientemente claro?

—¿Por qué ahora?

—También es simple. Para tener mayor control de la situación. Ni más ni menos que por eso. Sabemos que no puedes recurrir a la policía y conocemos cada debilidad que tienes, que tienen...

Debimos estudiar cada paso que das, que dan. ¿Me entiendes lo que te quiero decir? O sea, no me vengas de vacilón que para eso estoy yo. ¿Soy lo suficientemente claro, pibe?

—¿Cuánto?, —pregunta Manuel.

Una vez más el matrimonio sujeta la respiración.

—Veo que nos vamos entendiendo. Veo que estás aprendiendo rápido. Un palo verde<sup>1</sup>.

A Manuel le cuesta unos segundos asimilar la cifra.

---

<sup>1</sup> Jerga: Un millón de dólares.

—Un palo verde por cada uno, —agrega.

—¡¿Quéééééé?! Es mucha pasta.

—Un palo verde por cada uno en veinticuatro horas. Ni un minuto más.

—Llévenme a mí que los pibes no tienen nada que ver. Ellos no tienen por qué pagar mis culpas. Por favor lo pido...

—Lo hubieses pensado antes de tomar la decisión equivocada. El arrepentimiento, cuando llega, siempre es tarde, ¿no? Y no hay perdón. Cada cosa tiene su precio y ni tus hijitos ni tú eres la excepción.

—Al menos denme más tiempo para conseguir la pasta.

—Recibirás otro llamado en doce horas y ya te contaré cómo siguen los mellizos.

Él sigue dominando el aliento ante cada palabra que escucha hasta que se corta la llamada y Manuel deja caer el teléfono en el suelo.

Marido y mujer se echan un vistazo. El hombre se pone de pie y no sabe qué camino seguir, finalmente opta por ir al baño. Camila no deja de observar el teléfono caído.



El mes de octubre, cada vez, se presenta más

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

caluroso y sereno, y las flores de los patios se lucen con más esplendor.

El jardín de la mansión de la franja de José Ignacio, en Punta del Este, es un verdadero espectáculo y los colores vivos contrastan con su propietario, Caruzzo.

Los mellizos juegan en una enorme sala bajo la mirada de una joven, de unos veinte años de edad, que continuamente mira hacia la puerta.

Las voces cantarinas de los mellizos amortiguan los sigilosos pasos de Caruzzo que hace acto de presencia casi como si fuese un fantasma y queda mirándolos.

—¡No sabía que tenías estos dotes de madre tan desarrollados!, —indica el hombre.

Ella le mira y él sonríe, aunque su sonrisa se asemeja bastante a una mueca.

—Trata bien a los pibes sobre todas las cosas porque hay mucha pasta en juego. ¿Vale?

Ella asiente y, en ese instante, suena el teléfono que está en la sala contigua. La joven le mira y él hace señas para que siga con los chicos, mientras se dirige al aparato.

—Hola.

—¿Señor Caruzzo?, —dice una voz masculina.

—Sí. Dime...

—Primer y segundo paso han sido éxito total.

—Nada debe, ni tiene porqué salir mal. No te olvides de que los errores no se olvidan ni, mucho menos, se perdonan.

—Está todo controlado, señor. No hay porqué preocuparse.

—El que se porta bien conmigo tiene su recompensa y el que no lo hace también tiene, pero otro tipo de recompensa. No te olvides de mí nacionalidad.

Ojo por ojo y diente por diente.

—Entendido, señor Caruzzo.

—Es mejor que me entiendas, sí, para evitar todo tipo de confusiones.



Ahora nada le importa al matrimonio de Camila y Manuel en el que, ya su aspecto personal deje bastante que desear.

El sudor recorre los rostros cansados y ojerosos como si siempre hubiesen estado así, y los nervios son tan dominantes que en ningún instante están tranquilos.

Suena el teléfono y éste les sorprende. Camila no sabe si atenderlo o no. Llega Manuel de prisa y, sin esperar más, levanta el aparato sin decir nada.

—Ya han pasado doce horas, —escucha la voz manipulada—, ¿cómo van con lo pactado?

—Necesitamos tiempo, por favor. Necesitamos más tiempo.

—Aún quedan doce horas... No sean cagones y consigan la pasta...

—Es mucho dinero en muy poco tiempo... Ya hemos ido a varios lugares y todos nos dicen lo mismo. Durante varios segundos nadie dice nada.

—No sabía que la nena es alérgica al chocolate, pero ¡cómo le gusta el chocolate a la muy hija de puta!

Y el varoncito es bastante mariconcito, ¿no? Dudo mucho que se convierta en hombre algún día.

—No les hagan daño, por favor. No les hagan daño..., —suplica Manuel entre lágrimas.

Causa pena su actitud.

—Llévenme a mí porque ellos no tienen culpa de nada de lo que pasó, por favor. Por favor lo pido.

—Ustedes, tú sobre todo, obtén la pasta si quieres volver a ver a tus hijos con vida. ¿Te queda claro?

Camila le quita el aparato telefónico a Manuel.

—¡Devuélvannos a los melli porque soy capaz de ir al fin del mundo con tal de encontrarlos! ¡Juro por Dios que no descasaré hasta encontrar a mis hijos!

—Toda esa energía deberías ocuparla en encontrar la pasta, nena. ¡No pierdas más el tiempo y ve a buscar el dinero, puta de mierda!

La llamada se corta y Camila queda mirando el teléfono en su mano. Manuel se pone de pie y la mira un segundo. Ella queda pensativa.

—¿Qué haremos? ¡¿Qué mierda haremos para recuperar a los melli?! —pregunta la mujer.

Manuel se retira del salón, llega al dormitorio y se tira en la cama. Camila le sigue, se sienta a su lado y le observa

mientras las lágrimas no le permiten una visión nítida.

—No sé dónde más podremos ir para conseguir la pasta que nos falta. No... No sé... La verdad es que no tengo la menor idea. ¡Maldita sea!

—¿Dónde vive Caruzzo?

—En una mansión de Punta del Este. Parece una fortaleza. Es impenetrable. Tiene muchos, pero muchos alcahuetes. Todo el mundo le anda chupando la verga.

—¿Y si le pido a mi hermana o a mi amiga Gabriela para que se haga pasar por...?

—Olvídalo. Tardaron tres años planificando el secuestro y no fue en vano. Tienen todo controlado. En ese tiempo controlaron cada uno de nuestros pasos.

De nuestros movimientos. Todo. Conocen a tu familia y a la mía. A nuestros amigos y están al tanto de toda la gente con la que nos relacionamos.

—Joder.

—Tardaron años para no cometer ningún error y es lo que están haciendo, ¿no?

—Ajá.

—Nuestro error, nuestro gran error fue el habernos quedado viviendo en Montevideo como si no pasara nada.

Debimos haber ido a Buenos Aires y de ahí hacia Europa. Eso debimos haber hecho. Ahora es tarde para eso. Ahora es tarde para todo.

—¿Crees que los melli están en la casa de Caruzzo?

—En el lugar en el que están, se aseguraron de que nosotros no vamos a tener acceso. Son profesionales en la mafia. Hasta la policía tiene miedo.

—¡Ufff!

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

—Fui parte de ellos y ni los propios empleados saben exactamente cómo operan. Según el caso, según quién sea, es lo que hacen. Se aseguran que no queden huellas y son capaces de todo...

—¿Y si hacemos una denuncia pública en los medios de comunicación?

—Lo único que lograrías sería enfadarles. Además, ¿con qué pruebas? ¿Qué? ¿Les vas a decir que tu marido era uno de ellos y como decidió salir de ahí, le secuestraron a los hijos?

¿Te das cuenta, Camila? No podemos hacer nada. Sólo nos queda conseguir la pasta que nos falta. No nos queda otra que ésta.

—¡Yo no me pienso quedar con los brazos cruzados! Yo no...

—No sé qué hacer.

Ella se para, llega al baño y se mira en el espejo. Luego se lava la cara.



El final de esa jornada sigue siendo cálida e intensa, y el matrimonio, contra todo pronóstico, se está dejando vencer por la realidad que debe enfrentar.

Manuel, con el torso desnudo, recostado en la cama, no aparta la vista de un rincón del techo prácticamente paralelo a la realidad.

Su semblante no es el mejor y la transpiración le recorre el rostro de aspecto demacrado que ahora presenta tan impunemente.

A su lado, sobre la mesita de noche, la botella de *whisky* a medio terminar no lo pierde de vista, como si lo estuviese controlando.



En ese mismo momento la mayor parte de las luces de la mansión de José Ignacio se han encendido y se respira un aire tenso.

Hay mucha gente pululando por distintas partes y, aunque quieran pasar desapercibidos, el efecto que producen es el contrario.

Caruzzo es el que más exterioriza los nervios y no deja de caminar de un lado hacia el otro, como si quisiera marcar el territorio, en su despacho.

—Son como si fuesen mis nietos, —dice a través del teléfono inalámbrico—. Son simpáticos. Ya nacieron para andar entre desconocidos, como sus padres.

Queda a la espera por si le dicen algo y, cuando comprueba que no ocurrirá, suspira.

—Y dime, ¿averiguaste algo?

—Ahora está difícil sacarlos del país, —le dice una voz masculina—. Ahora, con esta mierda de la Democracia todo es más complicado que antes.

Ni para la Argentina podemos llevarlos sin la autorización por escrito de sus padres. Y para hacerlo con papeles falsos debemos esperar varias semanas. Mínimo, mínimo debemos esperar tres semanas.

—¡Tres semanas! ¡Democracia de mierda! ¡La puta madre! Resulta que ahora tenemos menos libertad que antes. Hay que volver al sistema anterior.

¡Maldición! No lo puedo creer. Lo mejor que nos puede pasar es que consiga la pasta. De esa manera ganamos por todos lados.

Sacamos la merca por varios países hasta llevarla a Suiza. Ese hijo de puta sabemos que tiene la pasta... Y si quiere volver a ver a sus pibes va a tener que aflojar.

—Y si no lo hace debemos localizar nuevas formas

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

de extorsionarle. Quizás debamos ampliar el secuestro a más miembros de la familia. ¿Te parece una buena idea?

—Mejor deberíamos esperar para ver cómo se desarrollan los acontecimientos. No nos apesuremos a forzar las cosas... Algo se me va a ocurrir. Sí. Algo se me tiene que ocurrir. Eso es seguro.

—Aún quedan un par de horas. Después de ese tiempo ya podríamos empezar a tomar medidas un poco más duras.

—Ajá.

Por varios segundos la línea enmudece.

—¿Qué es lo que te dijo respecto al monto?, — pregunta Caruzzo mientras resopla con discreción.

—Quiere más tiempo. Dice que no le da el tiempo para conseguir toda la pasta.

—¡Ese hijo de puta sé que tiene pasta! ¡Sé que tiene mucha pasta! Que no me venga ahora con eso porque es puro verso.



El día siguiente continúa primaveral y, aunque llueva dócilmente, las flores de los parques y plazas públicas se exhiben osadas en todas partes, y contrastan con el aspecto que presenta el matrimonio.

Manuel y Camila caminan por la avenida 18 de Julio, frente a la plaza del Entrevero como si fuesen dos autómatas que alguien controlara a distancia.

No hay mucha gente por la calle aunque no haga frío y ellos van sin ninguna protección bajo la lluvia que les envuelve.

Caminan durante mucho tiempo hasta que, finalmente, llegan a la iglesia que está en la zona y quedan varios minutos de pie en la entrada.

Ambos se hallan empapados, por lo que se inmovilizan en la puerta mirando hacia el interior. La iglesia se encuentra prácticamente vacía.

Las velas encendidas son la única iluminación que hay y un aspecto tan lúgubre rodea el espacio religioso que intimida.

Los dos ingresan, pesadamente, hasta que se arrodillan frente a la imagen de Cristo. Aparte de empapados no han dejado de llorar.

La situación de impotencia que les domina es extrema que controla cada resquicio de sus seres y observan la imagen de Cristo como si fuese un tesoro.

En un instante la pareja se mira entre sí para luego volver a fijar sus ojos ante la imagen de Jesús y se pierden en su mirada.

Tengo miedo, —se dice Manuel—. No quiero volver a casa... No puedo hacerlo. Ayúdeme, por favor. Nunca he pedido nada. Pero ahora, sí, por favor, ayúdeme a recuperar a mis hijos.

Ellos son todo para mí. Ellos son la razón de mi vida. Por favor, ayúdeme a recuperar a mis hijos. No me haga esto... ¿Es muy difícil lo que pido?

¿No se da cuenta de que soy un padre desesperado? Si es verdad que para usted no hay imposibles, entonces, esta es una buena oportunidad para demostrarlo.

Se pone de pie y se acerca más a la imagen, quedando debajo de la misma y desde ahí la contempla. El agua del

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

pelo y la ropa se está escurriendo por el suelo.

El cura se detiene ante ellos y les mira. Los chicos no han percatado su presencia, pero el mismo se acerca sin quitarles la mirada. Manuel voltea los ojos y el hombre religioso puede ver claramente el llanto del joven.

—Hijo, ¿quieres pedirle un milagro a Nuestro Señor Todopoderoso?

Manuel esquiva la vista y sigue viendo la imagen.

—Para Nuestro Señor Todopoderoso no hay nada imposible. Sólo hay que depositar nuestra fe en Él y el milagro se va a conceder.

Hijo, ¿quieres contarme qué es lo que viniste a buscar a la Casa de Dios? ¿O quieres confesar tus pecados a Nuestro Señor?

Manuel intenta sonreírle, aunque ésta se le parezca más a un mohín. Se limpia las lágrimas con las manos y sale caminando, lentamente, en dirección a la puerta.

Camila le acompaña. Al estar en la puerta corroboran que sigue lloviendo. El cura no ha dejado de mirarlos en ningún segundo.



Ha dejado de llover, han vuelto los oscuros nubarrones como nefastas premoniciones y nada parece indicar que cambiarán las cosas.

Han pasado varios días desde el secuestro de los pequeños y esto es directamente proporcional con el abandono con que ahora vive el matrimonio.

Camila y Manuel, rendidos como nunca, ingresan en su vivienda de Punta Carretas y la primera impresión que observan en el inmueble, no es alentadora.

La suciedad está ganando la batalla como si no tuviese ningún rival y la casa, antes inmaculada y llena de vida,

ahora deja un sabor amargo difícil de asimilar.

Las botellas vacías por el suelo ocupan un espacio considerable y los vasos sucios sobre la mesita de centro del salón acentúan el aspecto de dejadez.

Además, la alfombra manchada destaca porque quedan juguetes sobre ella y las toallas acumuladas en una silla no dejan de llamar la atención.

De todas maneras, se sientan en el sofá grande con los ojos clavados en el teléfono y el mismo no tarda en sonar. Manuel no duda en levantarlo.

—Hola, —dice.

—Papi, —le dice la voz manipulada—, ¿cómo estás? ¿Me echas de menos? Quiero verte...

—¡No estoy para bromas de ningún tipo!

—Papi, si conseguiste la pasta no deberías estar mal.

Manuel no puede disimular el llanto en medio de la bronca e impotencia.

—No llores, bebé. No olvides que los hombres no lloran...

—¡Quiero a mis hijos!, —expresa entre dientes—. ¡Maldición! ¡Quiero a mis hijos, por favor! ¡Devuélvanme a mis hijos!

Agrega en un murmullo:

Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

—Ellos son lo único que tengo en el mundo, por favor...

—¿Tienes la pasta?

Manuel trata de contenerse al escuchar la pregunta.

—¿Conseguiste la pasta? Porque si la tienes tus hijos van a volver ya mismo a tu lado. Esto ya sabes que funciona así y no hay razones para que cambien las cosas, ¿no?

—Estoy dispuesto a volver a la banda. Estoy dispuesto a hacer lo que sea pero... Soy capaz de lo que sea con tal de recuperar a mis hijos. Sí. Lo que sea.

—Tus hijos van a estar contigo si ya tienes preparado los dos palos verdes...

—Necesito más tiempo. Necesito, al menos, noventa y seis horas más. Sí. Por lo menos necesito de noventa y seis horas más para conseguir la pasta.

Durante varios segundos no se oye nada del otro lado de la línea.

—Ya tuviste bastante tiempo. No lo olvides.

—No fue suficiente.

—Veinticuatro horas y ningún minuto más. ¡Ah!, ¿sabías que en el mercado negro tus hijos están bien cotizados por ser tan guapos? No quisieras que les busquemos otros padres, ¿o sí?

¿Sabías que las familias estériles de Alemania, del Reino Unido, de Suiza, Francia, entre otros países pagan auténticas fortunas por pibes como los tuyos?

—No les hagan daño, —farfulla Manuel—. Por favor se los pido, no les hagan daño. Tienen que alimentarse en hora. Son muy pequeños todavía...

—Debiste haber pensado mejor cada cosa antes... Y ahora déjate de perder el tiempo y ponte en campaña para conseguir la pasta.

Se corta la comunicación y, al levantar la vista, encuentra a su mujer y descubre que le mira dislocada.

—¿Qué es lo que haremos, Manuel? ¡¿De dónde vamos a conseguir tanta pasta en tan poco tiempo?! Ya fuimos a todos lados. ¿Qué nos queda por hacer?

—Al menos, así, ganaremos tiempo. De algún lado la tenemos que conseguir. Sí o sí, de algún lugar vamos a conseguir la pasta aunque tenga que robar a todos los bancos del Uruguay. Haré lo que sea necesario. No estoy dispuesto a perder a mis hijos.

—Yo tampoco. Pero, la verdad es que estoy tan desilusionada que... que esta situación se me está haciendo insostenible.

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

—Algo va a aparecer. Lo sé.

—¿A quién más nos falta recurrir?

—No sé. Creo... que a nadie. Ya le hemos pedido a todo el mundo.

Camila baja la mirada y queda observando el teléfono.



Como toda primavera, ésta no está siendo la excepción y la inestabilidad de las jornadas es lo que abunda en la ciudad.

Se trata de otro día nublado y fresco que acompaña a los capitalinos y que les condiciona en su vestimenta y actitud.

Son varios los que recelosos paralizan la vista en el cielo en el que las nubes amenazantes ocultan los pocos rayos de sol que no logra hacerse espacio para lucir.

Los paraguas son parte de los accesorios de los transeúntes y un rictus de amargura se ha impreso en la mayoría de los caminantes.

Camila y un hombre mayor, —su padre—, salen lentos de un banco que está por la avenida 18 de Julio y calle Convención.

Ella llora mientras que su padre la abraza. Caminan en medio de ese montón de gente, pero lo hacen mansos, desentonando con todo el mundo.

—Hija, trata de tranquilizarte.

—¿Cómo?

—Vamos a seguir intentando. No podemos bajar los brazos ahora. Manuel también se está moviendo por su lado. Sé que es mucha pasta, pero algo ya hemos conseguido, ¿no?

Tu madre también está haciendo lo suyo. Todos nos estamos moviendo. Estamos en un momento difícil.

Con el regreso de la Democracia todo parece más frágil. No hay la confianza que debería y...

—¡Yo sólo quiero recuperar a mis hijos! ¡¿No pueden entender esos hijos de puta lo que es para una madre que le quiten sus hijos?!

—Nena, tus hijos están bien. Tú misma los viste en ese video que te enviaron, ¿no? El problema es que tenemos todo en contra. De una manera u otra los vamos a recuperar. Sí, lo sé.

—Papi, yo en ti confío. Pero no puedo decir lo mismo de esos malnacidos. No. De verdad, no puedo.

—Nena, tranquilízate.

—¡Ufff!

—Guarda esas energías para seguir luchando por los melli. Eres mi hija. Y yo voy a estar siempre contigo, a tu lado, para apoyarte, para acompañarte, para cuidarte.

—Ay, papá.

—Cálmate que es mejor para todos. Con la mente fría uno puede pensar mejor. Y si uno piensa mejor se le pueden ocurrir mejores ideas, ¿no?

Ambos siguen lentos, solamente interrumpidos por los ruidos de la ciudad y el llanto de ella.

—¿No te parece que es así?

—Papi, por algo siempre estuve orgullosa de ser tu hija.

—Calma, nena. Calma.

—Ay, papi, no es fácil. No es nada fácil.

Él la abraza y ella se aferra al hombre como una niña asustada.

—Nena, nena, calma.

Ella abre la boca pero no dice nada.

—Ya verás como todo se soluciona, —la consuela

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

el hombre en voz baja.

—Más quisiera yo pero no creo en los milagros.

—Pues nena, en este momento deberías aferrarte hasta a un clavo ardiendo por más que haya solamente una remota posibilidad.

—Es verdad lo que dices pero... no es fácil.

El hombre la vuelve a abrazar.



A última hora de la tarde, la primavera regresa a la ciudad dejando a varias personas fuera de lugar que han salido temprano con el paraguas auestas.

Manuel, sin mirar a los lados ni siquiera por curiosidad, como si fuese una máquina, abre su automóvil aparcado en la esquina de su vivienda.

Al sentarse en el asiento del conductor suspira profundo y algo le llama la atención en el asiento de al lado. Ahí descansa un paquete.

Mira incrédulo el envoltorio hasta que empieza a asentir. De todas maneras, le cuesta asimilar lo que sucede, por eso procura mantener el control.

Segundos después lo agarra con el mayor cuidado que puede y verifica que el mismo es algo pesado. Enseguida frunce el ceño.

Lo abre cuidadosamente y verifica que son varias capas de papel que cubren el contenido hasta que llega a un estuche de plástico envasado al vacío.

Queda con el paquete en la mano mirando hacia todos lados y confirma que la gente que pasa por la calle son simples transeúntes.

Vuelve a mirar el paquete detenidamente y encuentra debajo un papel doblado. Lo levanta, lo desdobra y lee el mensaje:

Quizás, haciendo este encargo,  
podrías recuperar a tus hijos.  
Es para Pablo Antollini, hijo.  
Hoy estará a las once y cuarto  
en la inauguración de la torre cerca de tu casa.  
No nos falles porque no te fallaremos.

Queda observando el papel y el paquete, y no sabe qué hacer a continuación. Finalmente, arranca el coche y sigue por la calle 21 de Septiembre.



La noche se presenta serena y la agradable temperatura que sigue acompañando la ciudad da pie para que muchas personas salgan de paseo.

Camila, demacrada, se ha rendido y ya está cansada de luchar. Ahora se sienta en la cama de su alcoba y clava los ojos en un álbum que hay sobre la mesita de noche.

Lo acerca hacia sí y empieza a contemplar una imagen del último cumpleaños de los mellizos en el que los dos aparecen de la mano, risueños.

Alguna que otra lágrima se le cae. Suena el teléfono que está sobre la mesita de noche y se sorprende. Lo queda mirando varios segundos hasta que decide atender.

—Hola, —dice con miedo.

—¡Cami, encontré una forma de recuperar a los chicos! ¡Quiero que te tranquilices porque todo va a salir bien! ¡No estés mal!

—¿De qué estás hablando? ¿Qué vas a hacer?

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

—Trata de tranquilizarte porque yo me voy a ocupar de todo. No te hagas problemas porque yo me hago cargo. Luego te cuento... Ahora debo irme.

—Pero dime qué es lo que piensas hacer...

—Ahora no puedo. Se me hace tarde. Te quiero mucho. Luego te cuento. Un beso.

—Pero no me dejes así que...

De inmediato corrobora que Manuel corta la llamada. Queda asombrada y pensativa a partes iguales, con el aparato del teléfono en la mano.

A ella se le iluminó el rostro y mira a los mellizos a través de las fotografías. El teléfono vuelve a sonar y mira risueña el aparato hasta que lo levanta.

—Dime, ¿qué es lo que vas a hacer, amor?

—A contactarme con el mercado negro europeo, —le dice la voz manipulada—. ¿Por qué lo preguntas, mi vida?

Camila se estremece.

—No pensé que asumirías tan bien la nueva realidad. Veo que eres una madre moderna. ¿Serán así las del tercer milenio que se aproxima?

La mujer trata de contener el aliento, ya que, de pronto, fue como si hubiese sido desconectada de su única fuente de energía.

—¡Quiero a mis hijos! Sólo eso es lo que quiero, por favor... Quiero a mis mellizos...

—No es sencillo. ¿Ya tienen la pasta?

—Hemos conseguido una parte.

—¿Cuánto?

—Quinientos mil dólares.

—Y dime, querida, ¿la mitad de cuál de los dos te gusta más?

Camila no puede ocultar su llanto y, en medio de la frustración, se pone de pie tratando de mantener el equilibrio.

—¡Hijos de puta! ¡Eso es lo que son, unos malditos hijos de puta! ¡Malditos hijos de puta! ¡Bastardos! ¡Devuélvanme a mis hijos!

¡Llévenme a mí si quieren, pero ellos no tienen nada de culpa! ¡Hijos de puta...! ¡Malnacidos...! ¡Malditos bastardos!

De pronto, el silencio se interpone entre ambos y éste provoca tanta o más incomodidad que las palabras.

—Que inocente que es tú marido, ¿no?

A Camila le cuesta captar el significado real de la frase.

—¿De qué estás hablando ahora?

—De la inocencia de tu marido.

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

—¿Qué? No... No te entiendo...

La mujer confirma que se ha cortado la llamada y queda con el aparato en la mano, mirando perturbada hacia las fotografías que tiene sobre la cama.



Poco después de las diez de la noche es otro tipo de tribu el que ocupa las calles. Varios militares, como si estuviesen al azar, ocupan puntos vitales de la capital.

Manuel, en ese momento, está en un baño individual de un bar de la avenida 18 de Julio y calle Río Branco inhalando cocaína.

A continuación pone el paquete que le dejaron en su coche entre sus genitales y los calzoncillos, y se arregla la ropa, hasta que queda bastante disimulado.

Luego sale del baño y regresa a su asiento del bar, donde tiene una botella de cerveza abierta y no duda en dar un largo trago.

Él no llama la atención y sólo se limita a mirar la botella y encender un cigarrillo. De repente, empieza a recordar la primera vez que sostuvo a los mellizos en brazos.

Al revivir las imágenes se le ilumina el rostro y ello es tan evidente que no pasa inadvertido para algunos clientes, incluso llega a esbozar una sonrisa.

Ingresan al bar dos policías, los cuales se ponen a su lado y le miran. Manuel sigue fumando su cigarrillo mientras los funcionarios no le quitan la mirada de encima.

Él les ignora y así persiste hasta que termina el cigarro. La botella de cerveza sigue a medio terminar. Manuel la mira hasta que la agarra y se la acaba.

Cuando verifica que la misma está vacía, inicia la retirada, lentamente y los policías le siguen con los ojos hasta que desaparece de su campo visual.



Al filo de la medianoche la fiesta se realiza en el salón de un edificio de nueva construcción que se ubica en la esquina de las calles Bulevar España y Libertad.

La decoración, minimalista y de auténtico lujo, no deja indiferente a nadie, aunque la vanidad que hay en los presentes parece ser una regla a cumplir.

Manuel, con una postura bastante artificial en él no deja de mirar a todas partes desde un sillón mientras suspende a duras penas un vaso de *whisky* en la mano.

El joven viste traje negro y corbata del mismo tono, como la mayoría de los hombres y, en más de un instante, el alcohol le quiere dominar pero se resiste.

Las pocas mujeres que hay en la fiesta parecen ser auténticas modelos, porque son muy delgadas, hermosas y no comen nada.

Sin embargo, cuando se trata de bebidas sólo parecen mojar los labios y los hombres se encuentran satisfechos por ello.

A pesar de que los camareros pasan continuamente con bandejas de comidas, nadie consume; empero, las bebidas blancas desaparecen casi instantáneamente.

Un hombre de unos treinta y pocos años de edad parece observar todo el panorama con cierta particularidad y nada se le pasa por alto.

Resulta que él es uno de los policías que observaba a Manuel en el bar. Manuel no se percató de ese detalle, pero el hombre detiene la atención en una pareja joven.

Los mira un segundo hasta que empieza a caminar deprisa, en dirección a ellos. Pero en el último instante, gira y se inmoviliza ante Manuel, quien le ignora.

Manuel sigue en su mundo mientras el policía se

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

apresura a sacar de uno de los bolsillos de su pantalón una placa y se la pone delante de los ojos.

Manuel, de pronto, se encuentra confuso y no sabe qué hacer. El efecto del alcohol se manifiesta ya que le hace poner de pie y vuelve a caer sentado.

No obstante, el resto de la gente sigue en sus cosas, como si nada extraño pasara. Nadie parece haberse dado cuenta de lo que sucede a pocos metros.

De nuevo le hace poner de pie y, esta vez, Manuel sí se puede mantener así. El funcionario le empieza a registrar y no encuentra nada fuera de lo común.

De todas maneras, le agarra del brazo y sale con Manuel. Llegan al baño. Allí le hace bajar el pantalón y no deja de mirarle los calzoncillos.

Le hace bajar la ropa interior y, al hacerlo, cae el paquete de cocaína. A Manuel se le empiezan a caer las lágrimas. El policía le mira a los ojos y Manuel le esquivo la vista.

—¡Ahora sí que estás en el horno, flaco! ¡No hay quién te salve de esta!

—Me hicieron la cama. Me la pusieron doblada. ¿O no te das cuenta de eso?

—El que no se da cuenta de lo que hace parece que eres tú.

—Estoy desesperado. Sólo quiero recuperar a mis hijos.

—Cuéntale esa historia a otro... Ya me conozco todos los truquitos.

—Tienes que creerme, por favor. No me importa ir preso, pero necesito recuperar a mis hijos, por favor. ¿Tú tienes hijos?

—Nadie te salva de esta.

El funcionario se limita a echarle una mirada, mientras

procura mantener una actitud impasible aunque no deja de echar un vistazo por los alrededores.



El día siguiente trae consigo parte de los efectos de la noche anterior y el pelo de Camila, revuelto y rebelde, indica que su descanso ha sido una ilusión.

Ahora está sentada en el suelo del salón de su vivienda hablando por teléfono, con las rodillas altas, los codos sobre ellas y las manos en el rostro.

La postura, tan incómoda, la trae sin cuidado y todo el desorden que tiene en sus narices y su aspecto personal, le importan nada, y así pasa el tiempo.

—No es mi culpa, —dice con pesar—. Y tampoco es la culpa de mis hijos. Ellos no tienen nada que ver.

—¡Me importa una mierda si es tu culpa o no!, —le dice la voz manipulada—. Ustedes son los únicos responsables y nadie más. ¡Nadie!

—¿Pero...?

—Escúchame bien. Nadie entra al mundo del narcotráfico por obra del Espíritu Santo, hace pasta y sale de la noche a la mañana como si nada.

A nadie se le perdona eso. Me entiendes, ¿no? Y lo que hizo tu marido fue eso. Fue un idiota y a nadie le cabe duda de eso.

Ahora sí que va a tener que volver con nosotros y haciendo la parte más sucia del trabajo. Dudo que

algún día vuelvan a ver a los pibes... Y más ahora...

—Por favor, ellos no, por favor, no. Aún son muy pequeñitos. No me hagas eso. Si tienes hijos puedes imaginarte lo que estoy sintiendo en este momento. Un ruidoso silencio se interpone en la línea en el que la mujer procura ni respirar, pero sí escuchar lo que viene del otro lado de la línea.

—Ocúpate de tu marido porque está preso.

Ella, que no se esperaba oír esto, enarca las cejas, más confusa de lo que ya está.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando ahora?

—Lo que escuchaste. Ocúpate de tu marido porque ahora está preso.

—¡¿A qué quieres llegar con esta pesadilla que me estás haciendo vivir?! Veo que aún no es suficiente con mis hijos, ¿no?

—Yo no miento, nena. Yo nunca miento. Y si te digo ahora que dudo realmente que algún día vuelvas a ver a tus hijos es porque es así.

Los errores no se indultan. Sin excepciones. Además, debemos sembrar precedentes para que a nadie más se le ocurra hacer lo mismo que Manuel.

Y también te digo que él la va a pagar caro. Muy

caro. ¡Y ahora el muy gilipollas está preso! Ocúpate también de ese gilipollas. Te necesita.

—No... No puede ser...

—Es como te dije: ningún error se perdona porque si no, se va todo al carajo. Es un negocio en el que se gana bien y hay mucha gente liada.

Y si se corre la voz de que Manuel se salió con la suya... Bueno, es como que uno deja de tener huevos y perderíamos credibilidad. ¿No sé si me entiendes lo que te quiero decir?

—¡No pueden ser tan hijos de puta! ¡No puedo creerlo! ¡No puedo soportarlo! Devuélvanme a mis hijos y desaparezco para siempre... Por favor. Sí. Lo prometo.

Ella descubre que se ha cortado la llamada y queda llorando mientras mira el teléfono.



Los mellizos duermen tranquilos, a pierna suelta, en una habitación de la mansión de Punta del Este, como si ahí fuese su hogar.

Caruzzo está sentado en uno de los sillones del salón, con un vaso de vodka con hielo en una mano, y en la otra sostiene dos cédulas de identidad y dos pasaportes. Aparece la chica que les ha estado cuidando en los últimos días y se detiene ante el hombre de mirada gélida. Él levanta la vista, le sonríe e ingiere de su copa.

—¿Te queda alguna duda de lo que tienes que

Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

hacer?

—No. Creo que...

—¡De creo, nada!, —la interrumpe—. ¡¿O tienes las cosas totalmente claras o no?!

—Sí, —susurra.

—No debe haber el más mínimo error. ¡Ninguno! No te olvides que los errores no se perdonan. Nunca. ¿Entendiste bien?

—Sí. Entiendo. Entiendo, señor Caruzzo.

—Así está mejor. Con esto nos estamos jugando mucho. Y si tienes alguna duda o miedo es mejor que hables ahora, con tiempo y no llevarme sorpresas luego.

Al decir esto le clava los ojos encima y ella se retrotrae más de lo que ya está.

—¿Soy lo suficientemente claro?

—Sí. Sí que lo es, señor Caruzzo.

—¡Mira que no me voy a calentar porque no quieras hacerlo! No sé...

—Lo tengo todo controlado, señor Caruzzo. No habrá problemas ni imprevistos de ningún tipo de último momento. Ya sé bien lo que tengo hacer.

Él queda meditando sin perderla de vista.

—Así está mejor. ¿Ya tienes todo listo?

—Sólo me falta la pasta... Me refiero a la que...

—Sí, sí, sí, —afirma él—. Ya sé a qué te refieres.

Habla con Díaz por eso.

Caruzzo resopla.

—Pues bien. Si no tienes más qué decir, te puedes ir.

Se miran a los ojos, ella se da media vuelta y desaparece del salón mientras que él la observa, sin dejar de beber el vodka.

Cuando desaparece de su visual, acaba la bebida de un largo trago, sin dejar de mirar hacia el lado por el que se fue la chica.



A última hora de ese día, en el instante en el que oscuros nubarrones cubren la ciudad y el invierno resiste a irse, Manuel ha caído en la trampa.

Ahora, sentado en una celda de la cárcel Por la Paz tiene un aspecto tan vulnerable que no causa más que pena en todo aquel que le mira.

De pronto, se deja caer de rodillas en el suelo y comienza a vomitar. A continuación se termina de caer y queda acostado al lado de su propia náusea.

La impotencia y desesperación que siente no le permiten razonar, ni hacer nada. Las penumbras del lugar son tan considerables que es poco lo que se distingue.

Manuel es sólo un bulto hecho un ovillo en un rincón de la celda, como si fuese un saco de patatas que alguien dejó olvidado.

Mientras, por el pasillo se pasea sigilosamente el policía que estaba en el bar y la fiesta, y le observa sin dejar de asentir discreto.

Lo siento, flaco, —se dice el tipo—. Es el pan de mi familia el que está en juego y, si no hacemos estas extras, no llegamos a fin de mes.

El hombre traga saliva y se retira manso hasta que empieza a negar con la cabeza.

No, —se dice—. No puedo flaquear. Están muy mal las cosas como para ser honesto y llegar a fin de mes.





# **Capítulo dos**

**1995 – Buenos Aires**

Se enfrenta la vida  
y se sobrevive a cada día

**Desarrollo**



El día se presenta opaco, con espesos y bajos nubarrones que dan a la ciudad una tonalidad lúgubre aunque Buenos Aires le sea indiferente a esos detalles. Su gente va y viene en direcciones opuestas como perfectos autómatas, cada uno se desplaza inmerso en su mundo sin mirar a quién o qué tienen a su lado. En medio de la multitud, están Celina y Christian, los mellizos, que caminan lentos, discrepando con el resto de los peatones, por la avenida 9 de Julio. Ambos se hallan sucios, verdaderamente desarreglados, muy delgados y visten como unos pordioseros. Si no lo son, les falta poco. No obstante, ella ya es una joven hermosa. Tiene el pelo largo, facciones delicadas, la mirada penetrante, es alta y el cuerpo se le está transformando a mujer. Christian, en cambio, ahora parece más niño que su hermana y los rulos del pelo y la mirada inquieta acentúan más ese rasgo. Cada uno lleva una mochila en la espalda y esto también les diferencia de la mayoría de los chicos de su edad, como si en ellas estuvieran cargando con sus vidas. En la esquina de la principal avenida porteña con la calle Lavalle se detienen y echan una ojeada. Ven es más de lo mismo: gente con prisas, indiferencia e hipocresía. Sin embargo, empiezan a pedir limosnas a los transeúntes que, generalmente, les evitan hasta la vista y les huyen como si estuviesen apestados. Son muy pocos los que ceden, de todas maneras, la resignación y el miedo están impresos en sus rostros apagados como un tatuaje en la frente. Los dos están tan vulnerables en esa situación que no inspiran más que lástima; son dos bultos estáticos con

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

las manos tendidas en medio de un mar de gente que pasan por sus lados como si fuesen transparentes.

Finalmente, Christian se sienta en el bordillo de la acera y Celina le sigue con los ojos hasta que también se sienta a su lado.

Permanecen varios minutos en silencio mientras algunos desconocidos que pasan les echan un fugaz vistazo, pero ellos continúan sumergidos en sus cosas.

—¿Qué pasa, Chris?, —de repente, pregunta ella. Christian mira hacia el suelo.

—Chris, hace rato que estás en las nubes, ¿qué es lo que te pasa?

Él la mira y hace una mueca.

—Estoy cansado. Estoy cansado... Sueño... Sueño despierto con que algún día tendré una cama decente, con un colchón blando y unas sábanas limpias y nuevas. De pronto, vuelven a predominar los típicos sonidos de la ciudad que no alteran el estado anímico de los chicos ni de sus caminantes.

Cada uno vuelve a sumirse en su mundo íntimo como medida de protección y pasan a aislarse de la realidad tan ruidosa que tienen por doquier.

—¡Qué locura, ¿no?!—sale del ensimismamiento Christian—. Sueño con que mamá viene a cobijarme... Sueños, son eso... sólo sueños...

Ella le mira interrogante y él no se da cuenta de la particularidad de su mirada.

—¡Chris, ahora tenemos que ocuparnos del trabajo! No es el momento de soñar. Ya sabes lo que pasa si no trabajamos, ¿no?

—Hay veces que también entro a un palacio en el que soy tratado como un verdadero rey. ¡Sí, como un

verdadero rey!

Hay comida. Hay camas limpias. Hay paz. Es todo bonito... Y... Y, cuando despierto, me pregunto por qué tengo que despertar y no seguir soñando...

Suspira profundo.

—Quiero morirme, —susurra.

Ella queda asintiendo levemente.

—Para mí tampoco es fácil esta vida. No. Para mí tampoco lo es.

Una vez más vuelven a aislarse de todo lo que les rodea, como una verdadera válvula de escape, o una forma de protegerse.

Miran el tráfico aterrador que pasa frente a ellos sin verlo y escuchan voces de personas como si hablasen otro idioma.

Nada se les hace familiar y las ojeadas que les echan algunos transeúntes les traen sin cuidado, ellos son sólo espectadores en ese mundo del que no se sienten parte. Pasados varios minutos se ponen de pie, vuelven a observar lo que tienen alrededor cerciorándose de que todo lo que hay es lo correcto hasta que continúan avanzando por la avenida 9 de Julio.

Christian saca de su mochila dos alfajores<sup>2</sup>, le da uno a su hermana, el otro se lo queda él y los empiezan a comer como si lo hiciesen por inercia, sin catarlo como merece.

—¿Dónde los conseguiste?

—Los saqué del restaurante del Ñato. Ni cuenta se dio que me traje media caja.

---

<sup>2</sup> Dulce de formato redondo u oblea. Se compone de dos o más galletas unidas por un relleno dulce y, generalmente, bañadas en chocolate, glaseado o azúcar en polvo. El relleno suele ser de dulce de leche.

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

— ¡No tienes que robarle al Ñato!

— ¡Esto no es un robo! Además, yo sé que mañana estarían en el tacho de la basura.

— Dame otro.

El mellizo vuelve a sacar más alfajores de la mochila, le da algunos a Celina y otros se los queda él, así siguen caminado, lánguidamente, mientras comen los alfajores.

— Chris, ¿aún quieres volver a esa casa?, — él, que no se esperaba escuchar algo así, la mira con cuidado.

De todas formas, es consciente que no debe dar una respuesta alocada y medita lo que dirá. Su hermana, de vez en cuando, le echa un vistazo sin llegar a intimidarlo.

— Creo que deberíamos regresar una vez más para, al menos, recoger nuestras cosas...

Ella frunce el entrecejo y le mira sorprendida.

— ¡Estás loco! ¿Qué mierda es lo que tenemos en esa casa de morondanga<sup>3</sup>? ¡Esos hijos de puta sólo nos están usando de la peor manera posible y te juro que estoy harta de este tipo de vida! ¡Ya no aguanto más!

— Ni yo.

— Te juro que les limpiaría con gusto. La verdad es que sí. Algún día me cobraré por todo el daño que nos hicieron. Algún día y, no muy lejano, sé que lo haré.

Te juro que me vengaré por todo el mal que nos hicieron y que nos están haciendo esos malditos bastardos hijos de puta.

Él queda asintiendo tenue, sabe que ella tiene razón y no hay motivos para contradecirla.

— ¿Crees que en esa casa hay algún documento nuestro? ¿Cuándo y cómo sabremos quiénes son

---

<sup>3</sup> Jerga: Despreciable, de poco valor.

nuestros padres? ¿Quiénes somos realmente?

Celina medita la respuesta varios segundos. Mil cosas se le pasan por la cabeza y recuerdos fugaces le llegan de manera inesperada.

—Esos hijos de puta nunca lo van a decir. De eso estoy segura. De todas maneras, yo he buscado por todos lados, en diferentes momentos y no hay nada... No sé. Realmente no sé qué es lo que podríamos hacer.

—Yo tampoco. La verdad... yo tampoco. Quizás, esos hijos de puta son familia nuestra. El otro día vi en la tele que este tipo de casos se dan mucho dentro de la misma familia.

A mayor grado de parentesco más es el daño que se llega a hacer. No importa. Después de todo lo que pasamos sólo podemos mirar adelante y nada más que adelante. ¿No te parece?

Le busca la mirada y cambia el tema con la pregunta que le hace.

—¿Qué hora es?

Ella revuelve en el interior de la mochila hasta que encuentra un reloj.

—Una menos diez pasadas. ¿Por qué?

—Vamos por el restaurante del Ñato. A esta hora están sacando las primeras sobras del almuerzo.

—Vale.

Los jovencitos empiezan a caminar con pasos decididos, mezclándose con la muchedumbre de la gente que se desplaza por la avenida 9 de Julio.



En un restaurante de la avenida Alvear y calle Arroyo, los mellizos, mientras almuerzan con prisas, sin degustar como merece la comida, espaguetis con tuco y

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

pan, echan miradas alrededor.

Ambos están en una mesita que hay en un rincón de la cocina, donde quedan bastante bien escondidos y, a su vez, tienen la suficiente privacidad.

Desde el punto en el que se hallan, son vigilados por un hombre grande, joven y voluminoso, el Ñato, que, desde ese sitio, controla todo lo que tiene a sus alrededores.

El Ñato acerca una jarra con licuado y les sirve. Los chicos, agradecidos, se atiborran también con la bebida donde incluso parece que se fuesen a ahogar.

—Pibes, los eché en falta. Hace días que los vi, pero ni bolas pude darles porque esto estaba hasta el carajo de gente. ¿Cuánto hace que no comían?

—No me acuerdo, —responde Christian con la boca llena—. Si quieres venimos todos los días.

El cocinero sonrío, mira fijamente a cada uno y observa como los chicos devoran la comida.

—Siempre que vengan por aquí algo van a poder picar. Eso es seguro.

Celina queda pensando y el hombre se da cuenta de ello. Ella le busca la vista.

—Ñato, ¿tú sabes algo de nuestros padres?

El argentino, que no se esperaba la pregunta, se sorprende y trata de disimularlo.

—No hace mucho que yo vivo en Buenos Aires. De ustedes, lo único que sé, es lo que ustedes mismo me han contado. ¿Por qué me lo preguntan?

—Queremos saber quiénes son... Ya estamos cansados... ¿Me entiendes lo que te queremos decir? Y, ¿tienes idea dónde podemos averiguar algo?

—No, flaquita. La verdad es que no. Dónde viven, ¿habrá algún DNI... o algo que diga sus apellidos?

—No, ya buscamos y no hay nada, —responde ella—. Ahora queremos rajar de ahí y no sabemos bien dónde ir ni qué hacer...

—Tengan cuidado con cada cosa que vayan a hacer. No se metan en problemas. Ustedes saben a lo que me refiero, ¿no?

—No te preocupes, Ñato. Está todo bajo control.

—¿Seguros de que está todo bajo control?

Los mellizos ignoran la pregunta y siguen comiendo. El Ñato los observa nervioso, su actitud es prácticamente resignada.



Avanzada la tarde, donde el frío impone su poder por cada hueco y los ciudadanos lucen pesados y largos abrigos, los mellizos, de nuevo, se entregan a la suerte. Ahora están sentados en las primeras escaleras de la iglesia de la avenida Montes de Oca, como si fuesen parte de la infraestructura y, en más de un instante, se confunden entre el cemento y la oscuridad.

Ellos están, como suelen hacerlo, pidiendo limosnas donde, como siempre, algunos, los menos, ceden, pero para la gran mayoría son como si fuesen transparentes.

Una brisa helada recuerda que el invierno está instalado de lleno en la Argentina, ambos se acomodan la gorra y se encojen un poco más para guarecerse a sí mismos.

Los minutos se disparan, la temperatura desciende y la sensación térmica se va a pique; sin embargo, los fieles siguen pasando por sus lados como si ellos no existiesen.

No obstante, los chicos tratan de controlar todo lo que tienen alrededor, sin dejar de estirar la mano con la esperanza de que alguien les deje una moneda.

—Quizás ya deberíamos volver, —musita Celina.

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

—¿Para qué? ¡A esos hijos de puta no les importa la hora que vayamos! Sólo quieren que le llevemos pasta y nada más que pasta. ¡Son unos hijos de puta!

Ella asiente mientras cierra un minuto los ojos y su hermano evalúa qué camino seguir. De pronto, le busca la mirada al mellizo.

—Tendríamos que buscar otro lugar dónde vivir... A Buenos Aires lo conocemos al derecho y al revés. Y sea como sea, conocemos a mucha gente que está como nosotros o peor.

—Ajá.

—Ya no quiero volver a ese nido de ratas. Quiero empezar una nueva vida. ¡Ya estoy cansada de esto! ¡Estoy harta de esta situación! Vamos a buscarnos la vida de la manera que sea.

—El otro día vi en la tele que en la Argentina hay muchas oportunidades para hacerse rico casi de la noche a la mañana.

Que con el cambio de la moneda todo está mejor. Vamos a salir adelante a como dé lugar. Pero, esta noche, igual vamos a volver a esa casa. Hace mucho frío como para pasar la noche en la calle.

Celina duda un segundo hasta que asiente levemente.

—Sí. Esta noche vamos a volver. Quiero darme un último gustito antes de irme.

Él la mira interrogante, aunque ella no se da por enterada y baja la vista.

—Chris, sea lo que sea que haga, nunca dejaré de ser tu hermana. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

Él la mira confuso.

—¿De qué estás hablando, Celi?

—De cosas. Nada. Cosas que podrían pasar, ¿me

entiendes... o no?

—No.

—No importa.

—¿Estás segura?

—Creo que sí.

Christian le busca la vista, ella no se la rechaza y quedan explorándose mutuamente.



A la noche van por la avenida Rivadavia y calle Uruguay en medio de anónimos que, como suelen hacer, forjan su actitud para comportarse como maniqués.

De pronto, ella enlentece sus pasos y observa un revólver que se encuentra en el interior de la mochila que lleva entre sus manos.

Como si estuviesen sincronizados, Christian también disminuye la velocidad y clava la mirada en una navaja que también lleva en su mochila.

La gente que va y viene les tiene que esquivar ya que ambos van tan enfrascados en sus pensamientos que ni siquiera atienden qué o quién viene por la acera.

—Chris, no habrá forma de que se enteren. Y si nos atrapan hasta los dieciocho tendremos comida y techo seguro. O sea, estamos protegidos.

—Más que un mal, le haremos un bien a este país. Vamos a cobrarnos una a una todo lo que nos han hecho esos bastardos hijos de puta.

A continuación cierran las mochilas y las vuelven a colgar a sus espaldas sin haberse detenido en ningún minuto, sólo que caminan lentamente.

—¿Qué es lo primero que haremos?, —dice él.

—En primer lugar no tienen por qué darse cuenta de nuestras reales intenciones. Y si es posible esta noche

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

no haremos nada. Déjame pensar en todas las posibilidades que tenemos y ahí veremos...

—Vale.

—Esta noche vamos a actuar como siempre. Y ahí vamos viendo cómo se desarrolla la cosa... Hay un refrán que dice: la venganza es un plato que se come frío.

—Sí. Y yo quiero vengarme por cada cosa que nos han hecho. ¿Después qué haremos?

—No sé. Ni idea. Aún no pensé en todo... Pero no podemos fallar... De lo contrario... estaremos perdidos. Completamente perdidos, pero no me preocupa. No... La verdad es que no me preocupa.

Cada uno queda absorto en sus reflexiones.

—Deberíamos hacer una denuncia desde una cabina...

—¡No! ¿Acaso estás loco? ¡No! Eso no. Hagamos lo que hagamos no se lo vamos a decir a nadie, a menos que sea por pura y absoluta necesidad.

Ambos siguen andando.

—Ese va a ser nuestro secreto.

—Hay veces que me pregunto por qué mierda la vida es tan injusta.

—Con preguntarse eso no solucionas nada. Para cambiar de vida tienes que buscarte una mejor y se acabó el asunto.

—No es fácil.

—Yo no dije que sería fácil pero, no queda más remedio que hacer eso.

—Joder.

—Es lo que nos tocó.

—Vaya mierda.



Hay casas bajas donde no distan los límites entre una y otra, todas son muy precarias, sin un patrón establecido, sin nada para destacar más que la pobreza. Visto desde arriba parece una mancha que altera la ciudad. La mala iluminación y las calles sin asfaltar en medio de personas desconfiadas y hoscas, es el sitio en el que ingresan los chicos: la Villa Nueva Esperanza.

Pasada la medianoche los hermanos entran por un pasillo largo de aspecto tosco, donde la pintura es un recuerdo muy lejano y la luz no es más que una ilusión.

El techo es irregular y las paredes se forman de varios elementos. En más de un instante se tienen que agachar y también hacer sitio para algún individuo que va en dirección contraria.

Nadie dice nada y hay un mundo implícito de normas y reglas preestablecidas donde solamente los lugareños son conocedoras de las mismas.

Finalmente, entran en la última puerta, la cual está sin llave pero que, una vez que cruzan, suena una especie de campana.

Lo que sería el salón —ya que se parece a cualquier cosa excepto a un salón-comedor— está a oscuras y significativas sombras le dan un aspecto fantasmagórico.

Miran en la oscuridad hasta que Christian encuentra el interruptor de la luz y todo se ilumina. Lo que ahora se observa con nitidez es más de lo mismo.

Se trata de un sitio desordenado, desestructurado, bastante sucio, mal oliente, con aspecto de abandono que produce rechazo desde cada ángulo.

Hay botellas de ron y vodka sobre una mesita de centro, paquetes de pizza vacíos en una mesa grande, cajas de cigarrillos, latas de refrescos sobre un raído sofá...

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

Los chicos avanzan sigilosamente atentos por si perciben algún movimiento o presencia. Todo parece indicar que no hay nadie más allí.

Al llegar a la cocina el aspecto, incluso, empeora considerablemente, pero sólo echan un vistazo y se largan cuán rápido pueden.

Un pasillo interior se comunica con varias puertas, algunas abiertas y otras cerradas. Muy sigilosamente entran en una que hay luz.

Cuando ratifican que el cuarto está vacío, entran. Ahí, la cama revuelta, las botellas de *whisky* y cervezas son las invitadas especiales y parte de la ropa está dispersada.

Sin decir palabra salen y ven otra puerta abierta. Christian enciende la luz y verifica que está vacía e igual o más asquerosa que la anterior.

En último lugar, ingresan a una tercera habitación. Esta vez entran confiados, Celina enciende la luz y él recuesta la puerta.

Dejan las mochilas sobre las camas gemelas que están sin hacer y se sientan. Sus expresiones reflejan una mezcla de sentimientos y malos augurios los acechan.

Luego de estar meditando unos cuantos minutos, se ponen de pie y guardan las mochilas debajo de los colchones.

A continuación se acuestan vestidos y clavan fijamente la mirada en el techo. En silencio permanecen varios minutos tratando de tranquilizar la respiración.

—¿Dónde crees que están?,—pregunta Christian.

Ella lo mira.

—En el bar. En el bingo. No idea... Menos mal que no vinimos antes... Se ve que hubo joda...

—Tengo sueño. Quiero dormir.

Celina lo vuelve a mirar.

—Yo también.

Se quitan el calzado, arrojándolo por donde caiga y se cubren con las mantas, sin quitarse la ropa. Celina apaga la luz y todo vuelve a quedar a oscuras.

Durante varios segundos el silencio les cubre como la oscuridad que les rodea, incluso parece que no quisiesen hacer ruidos cuando respiran.

—No te olvides de nuestro plan, —interrumpe la calma ella—. Esta noche es para dormir, sí. Pero también es para pensar.

—Mañana hablamos y vemos el camino a seguir.

—Eso lo tengo claro, Chris. Pero también debemos pensar bien cada paso que vamos a dar.

Nadie dice nada y los minutos se disparan veloces.

—Si llegan a venir hazte el dormido así nos dejan tranquilos. ¿Escuchaste?

—Sí, Celi. Pero ahora quiero dormir.

—Yo también.

—Descansa porque mañana va a ser un día largo.

—Tú también.

Ella resopla.

—Chris, ¿serías capaz de matar a un hombre?

Por varios segundos quedan pensativos.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Es lo que haremos.

—La verdad... es que no sé. Ahora no quiero hablar de eso.

—Pase lo que pase estaremos juntos, Chris.

—Hasta la muerte.

—Ajá.



## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

Los chicos son sorprendidos al oír ruidos: risas, voces masculinas y femeninas, gritos sin causas aparentes y todo un caos que hacen imposible dormir. De hecho, a medida que pasan los minutos, el jaleo va en aumento; incluso comienza a sonar a viva voz la canción *Fuiste* de Gilda.

Los mellizos se miran a través de las penumbras y se levantan sigilosos sin pronunciar ninguna palabra, prácticamente a tientas.

De debajo de una de las camas, sacan un palo, trancan la puerta transversalmente y vuelven a acostarse. Ambos quedan con los ojos mirando en dirección a la puerta.



Otro día helado envuelve la ciudad y un manto oscuro de nubarrones no invita a hacer actividades en el exterior, empero, el ritmo de la capital no se paraliza.

Temprano por la mañana, procurando no llamar la atención, los chicos salen de la habitación observando todo lo que van encontrando en el camino.

En el pasillo ahora hay cosas que no había la noche anterior: botellas de cervezas, papel higiénico, latas de cerveza, paquetes vacíos de galletitas...

Para no hacer ruidos deben hacer auténticos malabares con todo lo que tienen que evitar pisar y esquivan gran parte del desorden y la mugre con la que han de vivir.

En el sofá de color gris, que reclama urgente otro que le releve, descubren a una mujer casi desnuda durmiendo.

Si bien tiene ropa, deja poco a la imaginación

Sobre una alfombra, que en otra vida muy lejana tenía dibujos geométricos, hay un hombre de aspecto como la misma vivienda, Carlos.

Él duerme con la camisa abierta, al lado de su propio

vómito. Tiene unos cuarenta años, es barbudo, de complexión robusta, moreno y pelo corte cepillo.

Los chicos quedan cesados contemplando el panorama y rotan la vista de uno a la otra sin demostrar emociones, sin hacer nada más que mirarlos.

Luego salen tan discretamente donde ninguno de los durmientes se percata de la presencia de los adolescentes.



El frío sigue sin dar tregua y el sol no es lo suficientemente potente como para hacerse espacio a través de las nubes que envuelven la capital argentina.

Desentonando con el ritmo habitual de la metrópoli, los mellizos están sentados en un banco de la plaza de la República, absortos en sus reflexiones, mientras fuman.

Nadie repara en sus presencias y ellos tampoco se interesan por los individuos que van y vienen en direcciones opuestas.

El tiempo sigue pasando, el cigarrillo se acaba y echan un vistazo alrededor. Nada les llama la atención hasta que Christian le busca la vista a su hermana.

—Anoche quedé con miedo luego que volvieron... Pensé que nos harían algo...

Ella asiente levemente.

—Yo no les tengo miedo. Ya no le temo a nada... ni a nadie. A mí no me vuelven a poner ni un dedo encima nunca más. De eso estoy segura.

Las primeras gotas de lluvia se hacen presentes y miran resignados el cielo oscuro que les rodea y desafía por doquier.

La brisa aumenta la intensidad y ninguno decide qué hacer a continuación. Echan un vistazo a la redonda, se

paran y se ponen las mochilas.

Inician la marcha hacia el lado del obelisco. Los caminantes siguen pasando cuán rápido pueden, casi corren, pero nadie mira a nadie.

Los chicos parecen expectantes de un espectáculo. Ellos esperan la tormenta que se acerca y caminan lánguidos, impasibles a todo lo que deben soportar y enfrentar.

A medida que pasan los minutos las gotas de lluvia adquieren mayor protagonismo, aunque tampoco les hacen caso.

—Chris. ¿Y si vamos por lo del Ñato? ¿O por lo del Pelado? Tengo hambre...

—Yo también tengo hambre. Y ahora aparte de helado vamos a quedar empapados.

—Vamos a pedirle al Ñato que nos adopte como hijos...

Christian le busca la vista a su hermana y ella mira el cielo amenazante que ya empieza a llover.

—Vamos por lo del Ñato. Quiero preguntarle algunas cosas...

—¿Qué quieres preguntarle, Celi?

—A decir verdad, el Ñato es lo más parecido a un padre que podríamos tener, ¿no? Y tengo dudas. Tengo muchas dudas y creo que él podría aclararlas.

—El Ñato es un amigo. El Ñato es un gran amigo.

—Sí. Lo sé. El Ñato es un amigo de los pocos que quedan.

—A eso lo tengo más claro que el agua.



En la Villa Nueva Esperanza, el hombre que dormía sobre la alfombra, al lado de su propio vómito, Carlos, acaba de despertar y desvía la vista por el lugar.

No se siente bien e intenta pararse pero descubre que las fuerzas no le son suficientes. La mirada, cada vez, se le vuelve más aguda.

Entonces, descubre el vómito a pocos centímetros y la repulsión que éste le da, le otorga la energía necesaria para ponerse de pie.

Al hacerlo observa a la mujer que yace durmiendo en el sofá. Ella no es agraciada y su maquillaje exagerado hace que parezca más vulgar de lo que realmente es.

Carlos se dirige al baño. Ahí pone seguro a la puerta y se sienta sobre la tapa del váter. Del bolsillo de su vaquero saca su billetera, la mira un instante para luego abrirla.

De la misma extrae su cédula de identidad y la mira. Luego saca las de los mellizos de cuando eran bebés y también las observa. Lee sus nombres:

**Christian Ferrari Toni y Celina Ferrari Toni**

Se pone en pie y guarda los documentos de los chicos detrás del botiquín que hay encima del lavabo y al suyo lo regresa a la billetera.

Permanece meditabundo unos minutos hasta que alguien le sorprende ya que se intenta abrir la puerta. Enseguida él mismo la abre.

Ahí se encuentra con otro hombre, Pablo, de su misma edad y porte, pero con el pelo rizado, ligeramente largo, y sin barba.

Pablo tiene la mirada desafiante y su aspecto es temeroso. Sólo viste unos asquerosos calzoncillos color

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

crema. Los hombres se miran un instante.

—¿Tienes para mucho todavía?

Carlos niega con la cabeza.

—No. Ya me estaba por ir...

Pablo entra al baño y Carlos sale como si fuese un intruso. Antes de que Pablo termine de cerrar la puerta, Carlos pone el pie para que no lo haga todavía.

—¿Viste hoy a los pibes?, —pregunta.

—No, —responde Pablo—. Ni me había dado cuenta de que ya no están.

La puerta se cierra y Carlos queda parado, pensando. Luego regresa al salón. La chica que dormía ahora está sentada impudicamente en el mismo sofá.

Le mira indiferente, luego apoya los codos en las rodillas y las manos se las pone en la frente en un claro gesto de dolor de cabeza.

—Me duele todo... Anoche me follaron como nunca, —comenta.

Carlos sonríe.

—¡No me refiero a ustedes, gilipollas! Cuando nos encontramos ya había soplado varias pollas. ¿Dónde está la Charo?

—No sé. Debe de estar durmiendo en el cuarto de mi primo.

—¿Tienes aspirinas... o algo para el dolor de cabeza?

—No. No sé. No hay. O no sé dónde están. O se perdieron.

—¡Estás loco! Me duele todo. Ya no aguanto...

—Date una ducha que se te va a pasar.

—¿Hay agua caliente?

—Cuando le da la gana sale caliente, pero no

siempre. A ti te vendría bien una ducha de agua fría.  
Ella le mira con una mezcla de emociones tan grandes, donde no se sabe cuál predomina de todas, aunque ninguna agradable.

—¿Estás loco o realmente me quieres matar y no sabes cómo hacerlo?

—¡Chúpame la polla!

—Ya lo hice. Y no me gusta cómo la tienes ni cómo follas.

—Eres una puta barata. Eso es lo que eres...

—¡¿Y cuál es el problema, marica de mierda?!

Carlos la mira y ella le corresponde, pero él opta por desviar los ojos hacia el suelo.

—Eres una mariquita. Sí. Eso es lo que eres. Una verdadera mariquita.

Él la escucha en aparente impasibilidad.

—¿Qué? ¿No me vas a decir nada?

—Con las putas como tú poco se puede hacer.

—¿Por qué no te vas a la mismísima mierda?

—Porque tú y yo ahora estamos compartiendo la misma mierda.

Ella queda reflexionando.

—No. Yo soy más que tú.

—¿Estás segura?

Ella enarca las cejas, va a replicar, pero sólo queda con la boca abierta sin exteriorizar ningún sonido mientras que el hombre la mira de vez en cuando.

—Antes de hablar... deberías de pensar en lo que dices si no quieres quedar en ridículo como ahora.

—Te vas a la mierda.

—Tú compartes la misma mierda que yo, puta.

—Gilipollas.



Los chicos se sientan en la cocina del restaurante Amanecer, en el que trabaja el Ñato y, lo primero que hacen, es dejar las mochilas en el respaldo.

Sobre la mesa les espera dos succulentos y humeantes platos de pasta con salsa, con generosos trozos de pan y una botella de licuado.

Los mellizos no pierden tiempo y empiezan a devorarse la comida hasta que, en una pausa, Christian mira al Ñato, quien permanece a un lado picando verduras.

—Ñato, ¿conoces alguna forma de saber quiénes somos realmente?

El hombre, que no se esperaba oír la pregunta, tarda varios segundos en asimilarla mientras el chico está a la espera de una respuesta, al igual que su hermana.

—¿Qué dices? ¿A qué quieres llegar con eso, pibe? No te entiendo...

—Queremos saber quiénes somos.

—Ammm.

—Queremos saber quiénes son nuestros padres y se nos ocurrió que si conoces a alguien... Pero alguien puede sacarnos las huellas de las manos y así saber...

El hombre queda sin habla, consternado por el tipo de conversación que mantiene con los hermanos, mientras Celina gira la mirada de su hermano al Ñato.

—¿Conoces a alguien, Ñato?, —insiste el chico.

El Ñato se les acerca y les mira.

—Quizás algo pueda hacer por ustedes. Quizás, sí. No es seguro... Déjenme hablar... y veré qué es lo que puedo hacer.

Christian no le quita los ojos de encima y Celina se da cuenta de ello.

—Y, ¿cuándo podríamos saber algo?, —dice ella.

—Hoy es lunes, ¿no? Pasen por aquí el jueves a última hora de la mañana y yo creo que algo más concreto sabré.

—Gracias, Ñato, —se hace oír la melliza.

—Espero no ponerme en problemas por lo que haré. Voy a seguir con lo mío.

—Gracias, Ñato, —repite Christian.

—¿Les gusta la comida que les hice? Bueno, en realidad, es el plato del día, pero me quedó bastante bien, ¿no?

Los chicos siguen comiendo.

—Cuando seamos ricos y famosos queremos que seas nuestro cocinero privado. ¿Qué te parece?, —comenta el mellizo.

El Ñato les mira con cuidado, tratando de adelantarse a sus pensamientos.

—¿Qué están planeando, pibes?

—Nada malo. Sólo queremos que seas nuestro cocinero privado en cuanto seamos ricos.

—Pibes. Pibes... Los conozco. Los conozco, sí. Y algo se están trayendo entre manos.

—Tú trátanos como si fuésemos a ser las nuevas estrellas de la Argentina, —afirma ella—, y vas a tener la dicha de decir: yo sabía que serían ricos y famosos. ¿Qué te parece la idea, Ñato?

—Pibes, todos tenemos sueños. Todos. Y es bueno que no dejen de soñar. No lo hagan nunca porque quien deja de soñar, en realidad, deja de vivir.

—Nosotros ya tenemos todo arreglado y vamos a presentarte como a nuestro hermano mayor. Es sólo una cuestión de tiempo.

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

—Me gustaría entrar en esas cabecitas, en cada parte de ustedes...

—No ocultamos nada, —se vuelve a adelantar ella—. Sólo que a veces vas a encontrar las tripas más vacías que otras.

—La Argentina es un país de lo más generoso que pueda haber. ¿Sabían?

—¿Qué quieres decirnos, Ñato?

—Pibes. Aquí, en este país, para mucha gente, los sueños se hacen realidad. Miren un rato la tele y se van a dar cuenta de que estamos llenos de ejemplos.

—¿Cómo me ves de actriz de telenovelas?  
El Ñato sonríe y ambos siguen comiendo.

—Yo sí me veo de actriz. O ser la nueva Susana. ¿Me ves a mí regalando un millón de dólares?

—A mí me gustaría ser como el Diego... Es lo más.  
El Ñato asiente con tanta impotencia y prefiere seguir ocupándose de sus cosas mientras que los adolescentes no dejan de soñar despiertos.



Al anochecer los chicos pasan a través del largo pasillo de la villa, hasta que ingresan en la última puerta que es la de la casa donde viven.

Ambos procuran no hacer ruidos aunque, al ingresar, descubren desilusionados que Pablo y Carlos están sentados en los sillones de salón.

El televisor está encendido, el ambiente está viciado por la gran cantidad de humo de cigarrillos y hay un clima extraño entre ellos.

Carlos se apresura a encenderse otro cigarrillo mientras Pablo apaga el suyo en un plato y clava sus ojos en el reloj que tiene enfrente.

Al escuchar la presencia de los chicos, los hombres se miran entre sí y desvían la vista hacia ellos, quienes tratan de seguir hacia la habitación.

—No tan rápido, —se acelera a decirles Pablo—. ¿A dónde creen que van, bonitos?

Los jóvenes, que no esperaban esto, se detienen y quedan mirando el suelo. Cada uno de los tipos les mira pero ninguno de los chicos les corresponde la vista.

—Denme la pasta, bonitos.

No hay reacción por parte de los mellizos y el silencio, de pronto, se vuelve incómodo. Carlos le echa un vistazo a su primo.

—¡Dije que quiero la pasta, bonitos! ¡Creo que no es muy complicado de entender, ¿no?! ¡Maldita sea!, — agrega Pablo con la voz contenida.

Quiero la maldita pasta ¿o no lo entienden? No me quiero calentar. ¿O ustedes quieren que me caliente? Supongo que no, ¿no?

Carlos se limita rotar su vista de Pablo a cada uno de los chicos.

—¿Qué les pasa?, —pregunta Pablo.

—Nada. No tenemos pasta. La gente con el frío no sale y... y no tenemos pasta.

Carlos sonrío y esto no hace más que perturbar a los mellizos.

—No tienen pasta, —dice Carlos—. No trajeron pasta. Ja. Ja. Y yo me chupo el dedo. Y si la gente no sale, como dices tú, nena, ¿por qué no robaste? No es muy difícil de encontrar la solución. ¿Qué te parece, putita? La pregunta queda impregnada en el aire como el mismo hedor que desprenden los hombres. El silencio lo vuelve a interrumpir Pablo con su voz cargada de sarcasmo.

## Secretos de Ayer, Mentiras de hoy - P. parte.

—Esto no es un hotel ni nada de eso... y bien lo saben. No se equivoquen. Y el que no trae pasta ya sabe lo que pasa, ¿no?

Miren, escuchen bien malditos hijos de puta, mal nacidos. Bastardos de mierda. Errores de la naturaleza. Hoy estoy de buen humor. Sí, hoy estoy de un maldito buen humor diría yo... Ja, ja.

¿No sé qué está pasando conmigo?, pero hoy estoy de un maldito buen humor. Debe de ser por los polvos que eché anoche. Yo creo que sí.

Se muerde levemente el labio inferior, mira a su primo y suspira.

—Si mañana, en veinticuatro horas, y ningún segundo más, ¿les queda claro lo que les estoy diciendo, bonitos?

Pues bien, como decía, si mañana, y a más tardar a esta hora, no traen pasta suficiente yo les aseguro que me voy a poner de malhumor, que me voy a calentar y ya saben cómo me pongo cuando me caliento, ¿no?

Y estoy seguro de que se van a arrepentir por estar provocándome. ¡¿Les queda claro, muy claro, malditos hijos de puta, errores de la naturaleza?!

Una vez más el silencio hiere sin ninguna piedad y las miradas que les echan los hombres no invitan a ningún tipo de broma.

Los chicos asienten levemente sin levantar la cabeza y se retiran del salón mientras Carlos sigue disfrutando del cigarrillo y Pablo paraliza la vista en la televisión.



Los mellizos, al estar en el cuarto, trancan la puerta con la traviesa que tienen debajo de una de las camas y la aseguran de la mejor manera.

Los dos están nerviosos y, aunque lo intentan, no consiguen tranquilizarse. Dejan las mochilas en las camas y se sientan sobre una de ellas respirando hondo.

—Algo está pasando, —comenta él—, y no me fío.

—Yo nunca lo he hecho... Sé bien que son unos hijos de puta y nunca nos demostraron lo contrario.

De un segundo para otro, quedan cesados, ya que alguien intenta abrir la puerta. El jadeo se les acelera y en sus ojos se imprime el auténtico terror.

Pablo, al confirmar que la puerta está trancada por dentro, se pone histérico y el malhumor se le multiplica con creces. Los chicos no quitan los ojos de ese punto.

—¡Pibes! ¡Pibes! ¡¿Qué mierda les pasa a ustedes que se encierran?! ¡Abran la maldita puerta! ¡Abran la puerta hijos de puta!

A los adolescentes los domina el miedo y quedan conmocionados, sin saber qué hacer, ni siquiera dónde mirar. Sin embargo, se ponen de pie.

Celina agarra su mochila y se abraza con fuerza a ella. Los dos miran aturdidos cuando se dan cuenta de que el hombre empezó a darle patadas.

Los mellizos, cada vez, se ven más indefensos y el mundo se les hunde como un castillo de cristal cuando ven que Pablo logra vencer la tranca que han puesto en la puerta. El hombre ingresa en la habitación con una sonrisa sarcástica. Los chicos siguen cada uno de sus movimientos con la vista hasta que se detiene ante ellos.

—¿Tienen miedo? ¡Ah!, hay que verlos como tiemblan. Hijos de puta. Eso es lo que son. ¡Chupa-verga como la madre que los trajo a este asqueroso mundo!

Pablo, de repente, ágil como una gacela, se les acerca hasta sorprender y agarrar a Christian por los hombros

casi sin dificultad.

El niño, de un instante para el otro se halla inmovilizado, se resiste con continuos movimientos de piernas, brazos y cabeza, y empieza a gritar pidiendo que le suelte.

El hombre le arroja violentamente sobre la cama y le da una fortísima cachetada, la cual le hace sangrar la nariz y la boca.

Por un minuto el adolescente se tranquiliza, impotente ante el panorama que debe enfrentar, mientras la sangre se le mezcla con las lágrimas.

Su hermana mira horrorizada, sin saber qué hacer, pero tampoco deja de estar abrazada a su mochila, como si ella fuese su única vía de escape.

Pablo se monta encima del joven, sujetándole por la fuerza. La sangre le sube a la cabeza y más cuando Christian le escupe en la cara.

—Te gusta mirar, ¿no putita? ¡Eres una perra puta! ¡Eres tan basura como la puta madre que te trajo a este puto mundo!

Christian está aterrado, sin saber qué hacer, totalmente a la deriva. A pesar de todo, sus ojos miran inquietos a todas partes buscando alguna vía de escape.

—¡Celi! ¡Ayúdame, por favor! Celi, por favor...

Pablo, al oírle, se apresura a darle otra bofetada mientras el joven, esta vez, contiene el llanto, aunque su expresión sea de derrota.

Celina sigue paralizada y, en ese instante, aparece en la puerta Carlos. Ella enseguida descubre su presencia y él le sonrío. Carlos queda viendo el panorama, risueño.

—Esta mariquita me estaba provocando y mira lo que me obliga a hacer... Pero le gusta que lo toquen... Mira cómo se pone, —dice Pablo mirando a Carlos.

Ambos, al mirarse, sonrían mutuamente. Celina recuerda algo y abre su mochila. De ahí saca su arma y les apunta indistintamente a los hombres.

Los tipos, que no se esperaban esto, por un instante quedan cortados, aunque enseguida recuperan el control sobre sí mismos.

—¡Puta de mierda! ¡No tienes los huevos para disparar!, —masculla Carlos con la voz contenida.

Él se acerca más a ella. Celina dispara al aire y Carlos, atónito, retrocede. Pablo no da crédito de lo que ahora sucede y el desafío de su mirada se transforma en pavor.

—¡Límpialos de una vez y para siempre, Celi! ¡Mátalos ya mismo que se lo merecen por hijos de puta!

Carlos, ahora aturdido y desbordado por haber perdido el control, mira a Christian y luego a Celina.

—¡Se van a arrepentir de esto por el resto de sus malditas vidas! Se los prometo, —la voz de Pablo no es nada convincente.

Carlos intenta, otra vez, acercarse a Celina. Sin embargo, ahora ella no duda en dispararle en el pecho reiteradas veces, como si lo estuviese haciendo a ciegas.

El tipo, por un momento, permanece estancado, como una cruel representación teatral donde la obra está llegando a su fin.

Pablo, sacudido y vencido por los adolescentes, subsiste observando el casi cadáver de su primo, y no acepta lo que sucede.

Carlos cae pesadamente al suelo en medio de un gran estrépito mientras que la sangre, poco a poco, se esparce a su alrededor.

La joven, confusa y valiente a partes iguales, no baja la guardia ni medio segundo y no deja de apuntarle a Pablo

en ningún instante.

Christian, a su vez, desvía los ojos de su hermana a los hombres, al que ya está acabado y al otro que parece un títere despatarrado en el suelo.

Pablo termina de liberar a Christian y se agacha prudente para asistir a Carlos y, al hacerlo, busca la atención de la joven, quien no se la rechaza.

El hombre la mira con tanto odio mientras su primo emite el último aliento. Ella no deja de observar todo el panorama que tiene alrededor.

—¡Maldita!, —farfulla Pablo—. ¡Maldita bastarda! ¡Nunca...! ¡Y escúchame bien lo que te digo... nunca vas a saber quién eres realmente hija de puta! ¡Malnacida!

—Quizás tengas razón puta rata. Pero no te olvides de que soy yo quien te está apuntando. Hijo de puta. ¡Maldita sea la cerda puta que te parió!

—¡Con mi madre no te metas!

—¿Qué? ¿Acaso me vas a pegar?, —se burla ella—. ¡Eres un cagón! ¡Eso es lo que eres! Un miserable que no tiene lo que realmente debe tener un hombre.

Él trata de contenerse, por lo que opta por respirar pausado y, en ese instante, las primeras lágrimas empiezan a recorrerle el rostro.

—¡No tienes huevos, maricón de mierda! Eres una rata que no tiene huevos. Eres lo peor...

Pablo hace el intento de levantarse ágilmente y quitarle el arma, aunque ella es más rápida que él y no duda en disparar.

La primera bala se estrella contra el suelo, provocando un ruido seco y las chispas abundan como una ilusión óptica. Él, resignado, vuelve al lado de Carlos.

Pablo, en medio de la desesperación e impotencia,

